



# LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. BALMES. CISNEROS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 18 — Madrid 25 de Junio de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

## SUMARIO

TEXTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *El saber*, por D. J. A. G. — *El hijo*, discurso del Rdo. P. Lacordaire. — *Historia de plantas y flores* (continuación), por D. Teodoro Peña Fernández. — *El relato del abuelo* (poesía), por D. Juan de la Sota. — *Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo. — *Miscelánea*. — *Discurso leído ante la Real Academia Española, en la recepción pública del R. P. Miguel Mir* (continuación). — *Iglesia y escuela del beato Orosco*.  
GRABADOS. — *El Doctor Pasteur, inventor de la vacunación de la rabia*. — *Vista general de Asis en Italia*. — *La lección de calceta*. — *La institución de la Eucaristía, según el Beato Angélico*.

## LA DECENA

**E**L verano se nos ha entrado por puertas y balcones, sin darnos siquiera tiempo para quitarnos los abrigos y correr las persianas.

Ha sido una transición brusca del frío intenso al calor sofocante, como se realizan, por punto general, en este inconstante clima de Madrid los cambios de temperatura.

Aun así y todo, debemos saludar al verano actual con menos reserva y encogimiento que empleamos al recibir, hace un año, la visita de su predecesor. Entonces pesaba sobre nosotros la amenaza de la invasión epidémica, posesionada ya de algunos pueblos de la Península y con avanzadas ocultas en la misma capital desde el último tercio del mes de Mayo.

Hoy, gracias sean dadas a la Providencia, no tenemos en toda España población alguna epidemiada y nos alienta la esperanza de vernos libres del tremendo azote que ha dejado huellas de lágrimas y recuerdos de duelo en tantas familias.

Bueno será, sin embargo, que no nos entreguemos a una ciega confianza y que, lejos de olvidar los preceptos de la higiene y los consejos de la previsión, vivamos alerta contra el traidor enemigo, cuyas etapas no obedecen a ningún itinerario escrito de antemano y cuyos medios de transmisión son tan rápidos como los del fluido eléctrico.

Mientras el huésped asiático no desaparezca de Europa por completo, siempre habrá motivo de recelo y razón para estar apercebidos. Ciertamente es que en Italia no parece haberse presentado con caracteres demasiado alarmantes ni con marcada tendencia a propagarse; antes bien, se ha mantenido casi estacionario en los limitados puntos donde se ha presentado, y sus estragos no han sido tampoco comparables a los que suelen acompañar su presencia, si hemos de dar crédito a los partes oficiales. Pero vuelvo a repetir que no debemos adormecernos en una ciega seguridad porque veamos lejos el peligro, mientras el peligro exista.

No imitemos a los tahoneros, que al ver estacionada y como amortecida la para ellos desastrosa epidemia del *repeso*, se entregan a

los excesos de la gula, comiéndose de cada pan que expendían al público cincuenta ó cien gramos diarios, y a lo mejor se ven invadidos, como ha sucedido estos días, de un teniente alcalde que los secuestra la *mercancía deficiente* y los intoxica una multa que sólo se cura con evacuaciones metálicas.

Ellos (los tahoneros) ponen el grito en el cielo, que es ponerle casi tan alto como el precio del pan, porque quisieran que ellos (los tenientes de alcalde) no se metieran en harina ni se empeñasen en hacer pasar por el cedazo de la justicia la moralidad de aquellos (los tahoneros), porque saben que ésta (la moralidad) se halla tan perfectamente triturada, que puede pasar sin trabajo por el tamiz más cerrado, que es el de su conciencia (la de los tahoneros).

Dicen también estos *quilificadores del cuerpo social* que no aciertan a cocer en el horno de su caletre esta especie de reflexión-panecillo: «Si nosotros amasamos, cocemos y defraudamos para el público, y el público se deja defraudar, cocer y amasar sin quejarse, ¿a qué se meten los concejales en camisa de once varas (así llaman ellos a la sisa de 110 gramos en cada pan), a pretexto de beneficiar al público, que no quiere ser *beneficiado* ni siquiera sacristán de monjas carmelitas?»

Yo creo, empezando por reconocer y aplaudir el celo de nuestros ediles, que mientras no pueda aplicarse a los defraudadores en el peso del pan un

castigo algo más ejemplar que el de las multas y secuestro del comestible, no se logrará desterrar el abuso; porque está averiguado que en los ocho días siguientes al repeso, cuando tienen los tahoneros la casi seguridad de que no ha de repetirse la operación, se indemnizan con creces y a mansalva de la pérdida que han sufrido.

A mi juicio, habría un medio sencillo y eficaz para concluir con la defraudación: autorizar al comprador para que hiciese pesar el pan en el acto de comprarlo, y en el caso de encontrarlo falto de peso en cantidad mayor de *cinco gramos*, llevárselo sin pagarlo. Antes de una semana se acababa la sisa.

Con la entrada de los calores ha coincidido la recrudescencia de esa enfermedad moral que se llama *suicidio*. Asusta leer todos los días en los periódicos la estadística de víctimas, sin distinción de edades, sexos ni condiciones sociales.

De esta epidemia he hablado muchas veces, y no he de repetir aquí lo que sobre ella tengo escrito. Sería, por otra parte, tiempo perdido; los efectos permanecen mientras subsistan las causas. La muerte del cuerpo nada significa, cuando la ha precedido la muerte del alma, y el alma muere por anemia de fe y de ideales cristianos.

Habíamos de otra cosa.

O por mejor decir, hablemos de lo mismo.

Porque quiero hablar de ciertas gentes que, sintiendo el alma vacía de creencias religiosas y comprendiendo instintivamente la necesidad de creer en algo, han hecho de las Vistillas su templo y de las nubes su altar, y allí han acudido por espacio de muchas noches a escudriñar los misterios que se ocultan entre los vapores que cruzan la atmósfera y leer en sus tenebrosos jeroglíficos la sentencia de muerte del globo terráqueo, escrita en fantásticas figuras, y animadas imágenes, y signos cabalísticos, y escuadrones de espectros, y procesiones de santos, y cuadrillas de monstruos diabólicos.

Esas gentes que no creen en Dios, ó por lo menos le tienen olvidado, que no creen en los milagros porque son *invenciones de los curas*, ni en los misterios de nuestra Santa fe, porque *no aciertan a comprenderlos*, ni en nada de lo que pasa de tejas arriba; esas gentes serían capaces de arrostrar el martirio si se las obligara a reconocer que todos esos fantasmas que *han visto* han sido pura ilusión de sus sentidos, ridículo efecto de espejismo y aberración de su entendimiento.

He hablado con uno de estos fanáticos de lo maravilloso, que afirma con mucho aplomo no sólo que *ha visto* en los aires tales y cuales figuras y grupos, sino que *los ha oído*. En mal hora tuve la ocurrencia de preguntarle si hablaban en castellano ó en latín, porque revistiéndose de cierta gravedad (que, no sé por qué, me hizo pensar en el artefacto de locomoción con que nos representamos á Balaam), me dijo que «estas cosas son de



EL DOCTOR PASTEUR  
Inventor de la vacunación de la rabia.



masiado serias para tratarlas en guasa (*sic*), y por último, me llamó volteriano, escéptico, incrédulo y hasta ateo.

Le cité un texto de Fenelón, en que dice que «hay tanto de debilidad como de ligereza de espíritu en ser crédulo y supersticioso», y me volvió la espalda con ademán de lástima, exclamando como quien echa de ver que está discutiendo con un loco: «¡qué necio soy!»

Confieso que no me atreví a contradecirle.

\*\*\*

Mucho tiempo hace que no me ocupo en pasar revista a los espectáculos públicos. Esto deberá consistir ó en que ellos no merecen ser revistados, ó yo no estoy en condiciones para ser su revistero.

Me inclino á esta última hipótesis, por la sencilla razón de que no asisto á esos *centros de recreo*, donde de vez en cuando se pone á prueba la fortaleza de alma de los espectadores, viendo precipitarse en vertiginosa caída á alguna artista desde una elevación de treinta metros, quedando medio aplastada á la vista del público, que ha ido al espectáculo con ánimo premeditado de *divertirse*.

Sé por los periódicos que hay una compañía de ópera italiana en el teatro de la Princesa; otra compañía dramática italiana en la Alhambra, haciendo no sé qué *niñerías*; otra compañía cómico-lírico-flamenca en el teatro Felipe; otra compañía flamenca-lírico-cómica en el teatro de Recoletos; otra compañía de ópera, digámoslo así, italiana en el Retiro; esto sin contar con las *troupes* que manobran en los dos circos, compuestas de infantería y caballería, y cuyo contingente se compone de ingleses, franceses, italianos, húngaros, patagones, etcétera, etc. Es una verdadera *invasión del extranjero*... bajo el punto de vista del arte.

Es un consuelo, en medio de todo, que sigan haciéndose en español las corridas de toros, siquiera para que podamos decir que no ha desaparecido por completo la literatura nacional... de verano.

No asistí á la *corrida de beneficencia*, mas por lo que me han dicho, ha debido ser brillantísima. Ni podía esperarse otra cosa de este pueblo eminentemente taurófilo y filántropo, y que sabe hermanar con discreta solicitud sus arranques de caridad en pro de los enfermos del hospital Provincial, con sus aficiones á ver rodar al prójimo por la arena del circo, siempre que ese prójimo, llámese picador, espada ó banderillero, ruende en cumplimiento de sus deberes profesionales y de las exigencias del arte.

Y no se nos vengán con aspavientos y protestas los partidarios de la fiesta nacional, diciendo que ellos abominan el derramamiento de sangre en la plaza. En primer lugar, porque sin sangre, aunque ésta sea de irracionales, no habría corridas de toros, y en segundo lugar, porque si fuera posible que los racionales que luchan cuerpo á cuerpo con las fieras tuviesen en su mano el medio de burlar *siempre* la acometida de éstas, es seguro que decaería de una manera lastimosa la afición á este espectáculo.

Se habla mucho del *arte* y de los recursos que en éste encuentra el lidiador para librarse de las astas del toro. Pues bien, saquemos al redonde! la siguiente hipótesis: supongamos que el arte taurino va perfeccionándose poco á poco hasta llegar á tal grado de progreso, que hace *imposible* que el picador, banderillero ó espada sean jamás alcanzados por el toro; en una palabra, que los lidiadores puedan hacer cuanto quieran con los lidiados, sin sombra de riesgo para su persona. Me parece que esto sería el *desideratum* de los que dicen que van á las corridas por amor al arte. ¿Qué sucedería entonces, señores taurófilos? Que huirían ustedes de la plaza para no morir de hastío en sus asientos. ¿Por qué, si en tal caso el arte habría alcanzado su máximo de adelanto? Pues precisamente por eso; porque desde el momento en que tuviesen ustedes la certeza absoluta de la *inmunidad* del torero (que podríamos llamar *embolado*), no les divertiría ver matar toros, aunque fuese con todas las reglas del arte, como se matan pichones por una cocinera experta en la materia.

Quedamos, pues, en que... Pues no sé en qué quedamos, porque he olvidado la consecuencia que sin duda quería yo sacar de este chiquero...

Nada, que el razonamiento me ha salido *mogón de las dos*.

\*\*\*

Por analogía con las puntas, con los estoques y con las heridas, se me viene á la memoria otra clase de combates casi tan feroces como las corri-

das de toros, de que ha hablado la prensa estos últimos días.

Me refiero á los desafíos, que hemos convenido en llamar duelos para no llamarlos *juicios de Dios*, en lo cual siquiera hemos dado una prueba de cultura.

He perdido la cuenta de los *casos* ocurridos durante la decena, todos ellos señalados en personas distinguidas, aunque, por fortuna, ninguno fulminante.

No quiero hablar del duelo bajo el punto de vista moral y religioso, ni censurar siquiera á esta sociedad enfermiza que los acepta y los absuelve; ni protestar contra la falsa idea del honor que nos hemos impuesto y contra los procedimientos bárbaros que empleamos, en plena civilización, para lavar con sangre las manchas de lodo que salpican la honra personal. Sería tiempo perdido y trabajo excusado.

Quiero únicamente establecer una comparación entre la diversa manera con que consideramos la ley social y la ley civil. Mientras nos hacemos humildes esclavos de la primera, nos alzamos soberbios blandiendo el látigo contra la segunda.

La ley social manda que se resuelvan en el terreno de la fuerza bruta las cuestiones de honor. Yo no sé dónde está escrita esa ley, pero es indudable que existe cuando todo el mundo lo dice. Pues bien, la ley se cumple escrupulosamente: los hombres que se sienten agraviados en su dignidad, por cobardes que sean, se dan de estocadas, se acribillan á balazos (ó cuando menos acribillan la atmósfera), ó se sacuden golpes que toman el nombre de sablazos porque se dan con el sable, pero que pueden llamarse garrotazos si se atiende más al efecto que producen que al instrumento con que se administran.

Pero sucede que la ley civil, que sin duda habrá sido inspirada por hombres que no entienden de *cosas de honor*, tiene por delito, y como tal castiga con severas penas, el acto caballeresco, digno, correcto y plausible de batirse en desafío. Y no solamente castiga á los combatientes, sino que también á los que intervienen como testigos ó padrinos.

Aquí entran mis dudas y confusiones. Todos los días veo en los periódicos noticias de desafíos pendientes, de desafíos consumados, del sitio y hora en que se realizan, del resultado que han tenido, del carácter de las personas que se baten, y en muchos casos veo también citados sus nombres, ó por lo menos indicados de una manera tan clara y transparente, que no deja lugar á equivocarse.

Es decir, que se da cuenta de estarse concertando un *delito*, de haberse perpetrado el *delito*, de las consecuencias que ha tenido el *delito* y de las personas que han figurado en el *delito* como autores, cómplices ó encubridores.

Me parece que ha llegado el caso de que se pongan de acuerdo la ley social y la ley civil. Y como siempre quiebra la cuerda por lo más delgado, y puesto que ya hemos demostrado que la ley civil, en materia de desafíos es una especie de carabina de Ambrosio, declarémosla monumento nacional y enviémosla al Museo Arqueológico, por si algún curioso quiere saber, dentro de cien años, cómo se momificaban las leyes en el siglo del progreso.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL

**E**n el período de decrepitud en que ha entrado la República francesa, todas las medidas gubernamentales acusan una violencia que no puede ser duradera, porque es antiguo axioma que *violencia non durat*. Fijémonos por de pronto en la cuestión batallona relativa á la expulsión de los príncipes. Pero como nosotros no somos más que meros cronistas de los sucesos contemporáneos, prescindiendo de comentarios propios, vamos á recoger aquí en primer lugar el resultado ó los resultados más bien de las votaciones de la Cámara de diputados, que han recaído en este asunto.

Tres escrutinios importantes tuvieron lugar en esta votación de la Cámara francesa.

1.º Por 310 votos contra 233, de 543 votantes, el Congreso de diputados de Francia decidió pasar á la discusión por artículos.

2.º Por 314 votos contra 220, rechazó el artículo primero del proyecto de la comisión.

3.º Por 315 contra 232, se adoptó el art. 1.º del proyecto Brousse, aceptado por el Gobierno, quedando el texto de la ley redactado del siguiente modo:

«Artículo 1.º El territorio de la República queda cerrado á los jefes de las familias que han reinado en Francia y á sus herederos inmediatos, por el orden de primogenitura.

«Art. 2.º El Gobierno está autorizado á prohibir la entrada en el territorio de la República á los demás miembros de estas familias. La interdicción se aplicará por decreto del presidente de la República, en Consejo de ministros.

«Art. 3.º Aquel á quien, violando esta ley, se encontrase en Francia, en Argel ó en las colonias, será castigado con una prisión de dos á cinco años.

«Cumplida su condena será expulsado de nuevo.

«Art. 4.º Los miembros de las familias que han reinado en Francia, no podrán entrar en los ejércitos de tierra y mar, ni ejercer cargo público alguno, ni desempeñar mandatos electivos.»

Raras veces la Cámara ha reunido tan gran número de votantes que estén *realmente* presentes á la votación.

En efecto, la primera votación ha mostrado que se hallaban presentes 543 diputados de 584 que componen la Cámara, que en estos momentos no tiene ningún asiento vacante. No hubo, pues, entre ausentes y abstendidos más que 41 miembros.

El escrutinio más importante es aquel que se refiere á la votación del art. 1.º del proyecto Brousse.

Este artículo ha sido adoptado, como hemos dicho, por 315 votos contra 232, siendo los votantes 547.

La mayoría no estuvo compuesta más que de republicanos; pero la minoría se descompone en 180 de la derecha y 52 republicanos, de los cuales diez son radicales. No tomaron parte en la votación 24 diputados, dos monárquicos (La Ferronnays y Lamberterie) y 22 republicanos. Finalmente, 11 estaban ausentes.

El art. 1.º del proyecto de la comisión, que pedía la expulsión total, fué rechazado por 314 votos contra 220, de 534 votantes. La mayoría la componen 176 diputados de la derecha y 138 republicanos, entre ellos los ministros y subsecretarios.

De los 39 que no tomaron parte en la votación, 33 eran republicanos y los seis restantes miembros de la derecha.

Para formar idea de la violencia que demuestra esta medida, conviene fijarse en esta declaración de Mr. Freycinet, presidente del Gobierno, en el discurso que precedió á la votación definitiva. «Los príncipes, dijo, podrán no conspirar, y creo que no conspiran en el sentido estricto de esta palabra; pero ¿quién puede negar que son una *esperanza* viva de un gobierno nuevo, una *promesa* de un gobierno futuro?»

Tenía razón el príncipe Napoleón en su carta-protesta; de aquí á la ley de sospechosos no hay distancia que salvar, es una ley de proscripción, capaz de los mayores atentados contra la justicia y el derecho. Prosigamos la historia.

La ley ha sido llevada al Senado, y el resultado del nombramiento de la comisión encargada de emitir dictamen, ha llenado de consternación á los ministeriales. Dicha comisión se compone de nueve individuos, de los cuales seis han resultado completamente contrarios al proyecto votado en la Cámara de diputados, y sólo tres favorables.

Entre los primeros se halla el Sr. Barthelemy Saint-Hilaire.

Se ha hecho el recuento de los senadores que han votado en las secciones, resultando que 116 han emitido votos á favor de los candidatos opuestos al proyecto, y 109 á los candidatos favorables al mismo.

Las esperanzas del Gobierno se fundan en los 58 senadores que han dejado de tomar parte en la votación de las secciones, pero estas esperanzas son débiles, si se considera que entre los senadores republicanos que han votado en favor del Gobierno en la elección de las secciones, hay algunos que piensan que el proyecto de expulsión es harto radical, y lo mismo sucede con los demás senadores republicanos que se abstuvieron de votar.

El resultado no es, pues, tan seguro como suponen los optimismos.

Dada esta situación, podrá suceder que se presentase como transacción el proyecto primitivo del Gobierno, lo cual daría lugar á un conflicto parlamentario, pues es dudoso que la Cámara de diputados aceptase la modificación introducida por el Senado.

Los radicales dicen que si sucediese aquello, la Cámara de diputados votaría el proyecto tal como lo aprobó anteriormente, y que al fin el Senado, como ha sucedido otras veces, se resignaría á pasar por las horcas caudinas de la Cámara, sacrificándose en aras de la paz.

Lo creíble, desde luego, es que el Senado ceda ante la aptitud amenazadora de los radicales, que ya se deshacen en diatribas contra el alto cuerpo,



anunciando su propósito de pedir la revisión de la Constitución y suprimirlo por ser innecesario y aun opuesto al régimen republicano.

A este punto llegan hoy los sucesos: en la decena próxima será posible que podamos dar ya la solución definitiva del asunto de los príncipes.

Pero no se crea que el Gobierno republicano, embargado con este asunto, tiene levantada la mano en la persecución contra la Iglesia, ó en lo que él llama guerra contra el clericalismo; nada de eso, en estos días, el ministro de Cultos, Goblet, hombre que, si ignora por completo las leyes de la Iglesia y la índole de los negocios de su ministerio, sabe muy bien cuál es su misión como ministro de Cultos de un Gobierno impío, ha dictado una circular á los señores Obispos que revela tanta ignorancia en asuntos eclesiásticos como pérdida intencional en los planes revolucionarios. En esta circular se dice á los Obispos que, «según lo dispuesto por el art. 4.º de la ley del 18 germinal del año X, ningún Concilio nacional, Sínodo diocesano ó Asamblea deliberante, tendrá lugar sin el permiso expreso del Gobierno,» y que iba á celebrarse un Concilio en Tolosa, que «no teniendo la citada autorización, no será regular.»

«Informado, añade el ministro, de que cierto número de prelados, franceses y extranjeros, han sido convocados á este Concilio y se ha anunciado su presencia, creo deber mío, señor Obispo, poner en vuestro conocimiento que la participación de los miembros del clero en una reunión de esta naturaleza, será considerada por el Gobierno como una infracción de las leyes concordadas, y exigirá de la manera más formal la responsabilidad de los prelados que allí asistieran ó que permitieran asistir á los sacerdotes de su diócesis.»

Esta medida requiere dos comentarios.

La disposición citada ha sido abrogada por el Imperio, que concedió á la Iglesia libertad para celebrar sus Concilios y Sínodos.

La Asamblea de Tolosa será una reunión de devotos de la Santa Eucaristía, que tendrá por objeto alimentar su amor á tan grande Sacramento y buscar los medios más adecuados para propagar el amor y la devoción á él.

Resulta, pues, que Mr. Goblet no sabe, ni la legislación vigente en Francia, ni lo que son Concilios.

En Inglaterra no se piensa en otra cosa que en la próxima batalla electoral; los políticos se han echado ya al campo á trabajar en los preparativos de la campaña. El ministro Gladstone ha inaugurado una serie de discursos electorales en Edimburgo, que prometen mucho fruto. En él ha anunciado que las próximas elecciones serán favorables á la causa de Irlanda, á pesar de la división que existe en el partido liberal.

Ha manifestado que los intereses generales del país exigen que la cuestión de Irlanda se resuelva franca y prontamente.

Ha indicado que se hacen gestiones para completar dicho asunto.

Para juzgarlo hay que saber, dijo, si existe un acuerdo relativo á la creación de una Dieta irlandesa, que no podrá tratar más que sobre asuntos exclusivamente de aquella región.

Terminó añadiendo que el Gobierno aceptará todas las enmiendas compatibles con la creación de dicha Dieta.

Entretanto los sucesos de Irlanda demuestran que allí la situación es insostenible; la lucha entre nacionalistas (católicos) y orangistas (protestantes), toca en los últimos límites de la violencia. Los orangistas han celebrado con inmenso júbilo la noticia de haber sido desechada en la Cámara la reforma de Gladstone; en cambio los nacionalistas, como partidarios de la autonomía, están irritadísimos y dispuestos á todo si no salen triunfantes sus aspiraciones de la próxima campaña electoral.

Las Cámaras antes de ser disueltas han aprobado los decretos de Hacienda y entre ellos la rebaja de la escala alcohólica, para cumplir el tratado con España que tanto favorece á Inglaterra.

Se cree que la reina firmará el decreto de disolución el día 25; las Cámaras se reunirán en Octubre.

La catástrofe de Baviera ha conmovido á todas las almas cristianas que lamentan la trágica muerte del rey Luis. Este infortunado monarca que frisaba ahora con los 41 años, subió al trono muy joven y ya entonces se distinguía por su carácter extravagante y poco comunicativo.

Perfectamente educado por su madre, ferviente católica, fué piadoso en su niñez y primera juven-

tud, fué amigo de la católica Austria y enemigo de la protestante Prusia.

La exacerbación de su locura data de la época en que conoció al célebre Wagner, que pasa por creador de la *música del porvenir*, y que era un loco rematado.

La amistad del soberano y del músico era tan estrecha, que se cuenta que el primero exigió del segundo que le tutease.

Sus excentricidades comenzaron á agravarse desde la terminación de la guerra franco-prusiana, durante la cual favoreció lo que pudo á Prusia, arrepiñándose después.

Hasta entonces había correspondido al cariño entrañable de su madre, que siempre le amó con ternura.

Huía de todo trato social, y no quería hablar ni con sus ministros, con quienes se comunicaba sin verlos ni dejarse ver de ellos. Sólo conversaba con los criados, á quienes de cuando en cuando, en los accesos de locura, maltrataba de obra y de palabra.

Dícese que deja escrita más de una obra literaria, que tendrá que leer.

Hacía del día noche y de la noche día, y frecuentemente, antes de rayar el alba, se subía á un coche tirado por cuatro caballos, recorriendo, á la roja luz de las antorchas que llevaban los lacayos, los bosques del Oberband bávaro.

Como Creso por su riqueza, Luis II se distinguió por su prodigalidad.

Ultimamente, á causa de la enfermedad física que padecía, no comía, sino que devoraba.

Por lo demás, no tenía vicios. Sus pasiones no eran otras que construir palacios, cantar ó oír música y tirar el dinero.

Sus súbditos siempre le quisieron y le compadecieron.

De su muerte han dicho los periódicos diarios cuanto se sabe. A consecuencia de esta catástrofe corresponde la corona al príncipe Ottón I, que también está loco, por lo cual desempeñará la regencia su tío Leopoldo. Este príncipe cuenta 66 años. Después de haber recibido una educación intelectual y religiosa muy sólida, entró en el ejército, en el arma de caballería primero, y después en la de infantería. Hizo las campañas de 1866 y de 1870-71, teniendo en esta última fecha el cargo de inspector general del ejército. El príncipe Leopoldo ha viajado por Italia, Grecia y Egipto, ha tomado gran parte y seguido con mucho interés la política de su país, perteneciendo desde la edad de 40 años á la Cámara de los consejos federales, y D. Luis II le nombró presidente del Consejo de Estado. Es el heredero del genio artístico de su padre, el rey Luis I.

Los católicos fundan en él grandes esperanzas; sin embargo al tomar la regencia ha declarado que no cambiará nada en el *statu quo*. Lo cual significa que los liberales continuarán, por ahora, en el poder. El partido católico, que tiene mayoría en las Cámaras, presentará un voto de censura en cuanto la situación se normalice, contra el Ministerio por haber tardado en adoptar las medidas que exigía la situación.

La *National Zeitung* declara que la crisis debe seguir en Baviera su curso natural, y añade que debe dejarse que las Cámaras regularicen la situación.

Debe hacerse constar ahora que la *Germania* considera el cambio ocurrido en Baviera como el preludio de un nuevo período, en el cual se dará satisfacción á los intereses católicos de aquel reino. Dios lo quiera.

He aquí cómo se clasifican por profesiones los nuevos miembros de la Comisión belga donde, como saben nuestros lectores, se ha reforzado considerablemente la mayoría católica. Seis son abogados; un médico, el Dr. Thiriar; cuatro industriales; dos agricultores proteccionistas; dos propietarios; un comerciante y un militar retirado. Todos, menos dos, son diputados por primera vez.

Aunque la cuestión socialista no puede decirse que haya concluido, está sin embargo muy apaciguada por la actitud enérgica del Gobierno. Así ha fracasado la anunciada manifestación que debía celebrarse el día 13 en Bruselas.

Todo el pánico y el terror que se había apoderado de los ánimos ante las amenazas de saqueos, pillajes y asesinatos, hechas por los revolucionarios y masones, han resultado vanos, merced á la actitud del Gobierno.

El aspecto de Bruselas, el 13 de Junio, fiesta de Pentecostés, era de desanimación, al contrario de lo que sucede otros años. Muchas tiendas estaban cerradas. La guardia ciudadana estaba sobre las armas. El ejército preparado. La policía en sus puestos. Los empleados del Banco Nacional estaban también armados. Los revolucionarios tuvieron miedo

y no pudieron entregarse á sus escenas violentas de sangre y de robo. La manifestación anunciada y temida en las calles fracasó, gracias, pues, según hemos dicho, á las precauciones y á la firmeza del ministerio católico y de las autoridades que le secundaban.

El Congreso socialista se verificó sin trascendencia ninguna para el orden público, discutiendo sobre estos tres puntos: 1.º Estudiar los medios de activar la propaganda socialista en el país. 2.º Organización de la huelga general. 3.º Organización de una nueva manifestación en favor del sufragio universal.

Si el Gobierno está apercibido contra los desórdenes que intentan promover los socialistas para el 17 de Agosto, como lo ha estado el 13 de este mes, es seguro que los masones y revolucionarios sufrirán un nuevo descalabro.

A propósito de Bélgica, es curioso un hecho de que daba cuenta estos días un periódico de Bruselas.

Existe allí una antigua costumbre, según la cual, el rey apadrina en la pila bautismal al séptimo niño que nace en el matrimonio, y da á los padres una cantidad de alguna consideración.

Pues bien, un matrimonio protestante ha tenido el séptimo hijo, y el padre ha solicitado el padrino del rey, cuyo secretario ha respondido con la siguiente carta:

«Bruselas 31 de Mayo.

«En contestación á la carta que habéis dirigido al rey el 25 de este mes, con objeto de obtener de Su Majestad que consienta en ser padrino de vuestro séptimo hijo, tengo el honor de manifestaros que este favor no se otorga sino á los niños que nacen de padres católicos.

» Recibid, etc.»

Que aprendan en este ejemplo muchos católicos españoles tan deferentes con los herejes como si aquí representaran más número ó más influencia que en Bélgica.

Otra vez la cuestión de Oriente.

La reunión de la Asamblea búlgara ha producido nuevas alarmas en Constantinopla: desde un principio se temía que proclamase la unión completa de la Rumelia y la Bulgaria, y hasta la erección de ambos países en reino independiente bajo el cetro de Alejandro. Por ahora, no hay motivo para tanto. La Asamblea se reunió el día 14, y en ella, el príncipe Alejandro pronunció el discurso inaugural.

En él expresa la satisfacción de saludar en la capital á la primera Asamblea que tiene representantes de la nación búlgara aquende y allende de los Balkanes.

Felicita á la nación y al ejército, á cuyo heroísmo y sacrificios se debe la unión de la patria.

Dice que la Asamblea nacional general de Bulgaria va á examinar y á decidir sobre los asuntos concernientes á la patria común.

Termina con estas palabras:

«Una guerra victoriosa ha dado á Bulgaria el puesto honroso que le corresponde en medio de los Estados de los Balkanes, inspiró á la nación confianza en sus propias fuerzas y la esperanza de un brillante porvenir.»

El príncipe Alejandro fué calurosamente aclamado después de la lectura del discurso.

Un despacho de Viena del 16 dice que Rusia tiene ya preparado un ejército en la Besarabia para intervenir en Bulgaria, en caso necesario.

La conducta del príncipe Alejandro, añade el telégrafo, á quien se supone completamente identificado con la política inglesa, y las demostraciones unitarias en ambas vertientes de los Balkanes, producen cada vez mayor irritación en Rusia, y por lo tanto, no serán de extrañar graves sucesos en una época cercana, si la Asamblea reunida ahora en Sofía vota los proyectos que se vienen anunciando, favorables á la completa unión de la Rumelia á la Bulgaria.

Para complemento de estas noticias añadamos que si la desmovilización del ejército turco marcha con lentitud, por su parte los griegos tampoco proceden al desarme con la rapidez que sería de desear.

Y nada más por hoy acerca de Oriente. De este asunto no debe abusarse, porque es el tema más socorrido de los cronistas de asuntos extranjeros.

Preliminares de larga paz en Europa.

Según nos cuentan los periódicos de Berlín, se han ensayado en aquella capital proyectiles huecos de un género nuevo. Estos proyectiles son granadas que se llenan de bolas de algodón-pólvora y que pro-



ducen efectos extraordinarios. Ningún baluarte, por fuerte que sea, resiste la acción de un tiro tan destructor. Plenamente satisfecho del resultado obtenido, el Gobierno alemán ha dispuesto la fabricación de 75.000 granadas cargadas de algodón-pólvora. ¡Risueño porvenir de paz!

Un despacho de Washington anuncia que el Senado de los Estados-Unidos ha aprobado un proyecto de ley autorizando al presidente de la república para convocar a Méjico y a los demás Estados de la América latina a un Congreso, que se verificará en Washington, donde se estudiará el medio de resolver por medio de arbitrajes las diferencias que puedan surgir entre dichos Estados.

Falta hace; pero se nos figura que mientras cunda y se propague el espíritu revolucionario en aquellos países no hay arbitraje que valga, ni paz que cien horas dure.

Progreso del catolicismo en los Estados-Unidos.

Dan idea del que allí existen los datos facilitados por el Obispo de Albany respecto a su diócesis, donde en los últimos diez años se han ordenado 83 presbíteros, se han construido 65 templos, restaurando 12 que amenazaban ruina, se ha confirmado a 87.580 niños, se ha bautizado a 113.000 niños y se han bendecido 23.000 matrimonios.

Alabemos la Providencia divina que mantiene tan admirablemente la fecundidad de su Iglesia.

X.

## CARTA DE ROMA

Roma 18 de Junio de 1886.

**L**a Exposición de las obras de los pensionados españoles en Roma atrae siempre gran concurrencia a la Real Academia de Bellas Artes que el Gobierno de España tiene establecida en el Palacio anejo al convento de San Pedro en Montorio, que, al lado de la obra más insigne de Bramante encierra tantos y tan gratos recuerdos de nuestro país: excuso, pues, decir que la inauguración de nuestra Exposición anual, verificada el viernes último, estuvo concurridísima, habiéndose dado cita en ella todo lo más selecto de la aristocracia romana, del Cuerpo Diplomático extranjero y de los cultivadores ó aficionados a las ciencias y Bellas Artes. El adorno de la sala no difería del que se acostumbró siempre en ocasión parecida, sino por un elegante y breve epígrafe que se veía en la pared principal de la gran sala artísticamente decorada con flores y mucho follaje, y saludaba con esperanzas y votos el nacimiento del hijo póstumo de Don Alfonso XII. Poco después de llegado el Sr. Groizard, embajador cerca de la Santa Sede, la Sociedad Orquestal Romana ejecutó varias piezas de música destinadas a dar muestra de los estudios musicales de los pensionados españoles, puesto que dichos trozos eran composición de nuestros compatriotas Zabala, Serrano, Espino, Zubiaurre, Bretón y Chapí; no cabe duda que a los ejecutores de la música, entre los cuales sólo figuraba un español, correspondían los elogios que los asistentes al acto no les han escatimado, pero también se comprende que el mérito principal pertenece a los autores de la música, que son todos españoles. Pasando luego a la gran sala de la Exposición los concurrentes quedaron muy agradablemente impresionados a la vista de las obras allí reunidas, pues, aunque el número de los objetos expuestos no sea muy crecido, considerableísimo es el valor y mérito artístico de cada uno de ellos. En la sección de cuadros, hay copias ejecutadas por Checa y Maura, pero son copias magistrales y además no se han limitado estos mismos señores al solo género de copias, pues ambos tienen expuestos también trabajos originales: la «Susana en el baño» es de Francisco Maura, y «Numa con la Ninfa Egeria» es de Ulpiano Checa. Descuella, sin embargo, entre los cuadros al óleo el de Hermenegildo Esteban, que representa un pasaje suizo; cuantos se acercan a él, elogian lo natural que es, pareciendo verdadero el arbolado y hasta transparentes las aguas del río pintado. No faltan tampoco buenas estatuas, y entre ellas ha merecido grandes alabanzas una de D. Eduardo Barrón, que representa a Adán en el acto de coger la fruta prohibida; según nos dice la Historia Sagrada y es harto fácil suponer, el primer hombre en aquel instante que tan funestas consecuencias debía acarrear para la humanidad, hubo de ser presa de muchas y distintas pasiones, y, en cuanto Adán cedió a las malas, ni un momento hubo de tardar el remordimiento más amargo; todo

ese conjunto de sentimientos y pasiones no era fácil para expresarlo en la piedra, de suyo harto fría para representar la vehemencia de una pasión ó el ardor de un sentimiento del alma; sin embargo, D. Eduardo Barrón ha logrado dar tal actitud a la persona é imprimir tal semblante a su Adán, que al ver la magnífica estatua colocada a la derecha de quien entra en el fondo de la sala, se escapa naturalmente del pecho el grito — ¡así debió ser en realidad nuestro primer padre! — La ciudad de Zamora, de donde es natural el Sr. Barrón, puede estar de enhorabuena, pues a su hijo se le prepara un brillante porvenir: eso mismo anuncia un bajo relieve del mismo autor que representa a Santa Eulalia que, llevada delante del presidente pagano y preguntada si es cristiana, emite la franca y noble profesión de fe que le valió la aureola del martirio: el cuadro es un modelo perfecto en su género, pues no encontró favor la crítica de quien decía exagerado el número de once figuras que allí se ven, antes bien hace subir el mérito artístico de la obra, puesto que todas tienen su particular actitud y expresivo semblante; con todo, lo que ha agradado más, particularmente a los romanos, ha sido el tema escogido por Barrón, pues en el martirio de Santa Eulalia se echan de ver muchos puntos de semejanza é identidad con el de Santa Inés, a la cual profesan devoción entusiasta sus compatriotas, los habitantes de esta ciudad. Respecto a bajos relieves, no es tampoco de olvidar el de D. Juan Baucel, que representa a San Juan Bautista decapitado en la cárcel por orden de Herodes; oí a algunos echar de menos la cabeza del Santo, pero esto se explica porque el autor ha querido representar el momento después de haberse llevado a Herodías la cabeza del Precursor, y por consiguiente no se ve más que su cuerpo exánime y dos discípulos del Santo ocupados en recoger con esponjas su sangre bendita; el conjunto del cuadro es bueno, y las figuras están perfectamente modeladas.

Por lo que llevo indicado compréndese fácilmente que la nueva Exposición ha venido a hacer mucho honor así a Roma como a España: nuestro embajador cerca la Santa Sede, el día de la inauguración estaba muy satisfecho; probablemente le halagaba recibir el primero los plácemes y felicitaciones dirigidas a España, pues habrá recordado que cuando estuvo en Roma de embajador la otra vez, el ministro español cerca del Quirinal, era quien recibía primero esos honores y felicitaciones: entonces seguía la anomalía de que los Establecimientos españoles en Roma dependieran del representante de España acreditado cerca del Gobierno de Italia a pesar de que su categoría diplomática fuese inferior a la del acreditado cerca del Vaticano y que la mayor parte de los asuntos sea de carácter religioso. Durante la última situación conservadora, y aprovechando la vacante que hubo en ambas representaciones, se puso remedio a la enunciada anomalía, con lo cual se evitaron muchos inconvenientes. Ahora la administración de los lugares píos de España en Roma corresponde principalmente al embajador, a cuyo criterio y responsabilidad se deja la participación que quiera dar al ministro cerca del Quirinal en los actos y fiestas que revisten carácter español. Para mañana, por ejemplo, se anuncia que la Reina Margarita irá a visitar la Exposición de los artistas españoles en nuestra Academia de Bellas Artes, y en tal ocasión se comprende deba recibirla y obsequiarla el Sr. Conde de Rascón con toda la Legación acreditada cerca del Gobierno Italiano; pero, a no mediar causas excepcionales, estaba en la conciencia de todos que la administración de los Establecimientos españoles correspondía al embajador cerca la Santa Sede.

J. M.

## LOS GRABADOS

EL DOCTOR PASTEUR, INVENTOR DE LA VACUNACIÓN DE LA RABIA.

El día 2 de Marzo del año corriente será una fecha célebre en la historia de la Medicina. Este día fué cuando Mr. Pasteur leyó ante la Academia de Ciencias de París su *Memoria*, fruto de largos estudios, acerca de la vacunación de la rabia. La expectación era tal, que ocupaban los asientos de la Academia 61 miembros numerarios y más de 100 profesores de Medicina, atraídos por la importancia del suceso.

Durante la lectura se escucharon muestras de admiración y conatos de aplauso, que estalló ruidoso y unánime cuando el docto académico hubo terminado su *Memoria*. Entonces el célebre Dr. Vulpian, después de hacer largo y entusiasta elogio de su colega Pasteur, propuso la idea de la fundación de un *Instituto de vacuna en París*, el cual, por indicación del ilustre fundador, ha de ser *internacional*, para que en él tengan cabida los numerosos enfermos que

diariamente llegan de los diversos países del mundo a fin de someterse al salvador tratamiento del Dr. Pasteur.

Mientras se lleva a cabo esta fundación los enfermos son asistidos en el laboratorio de la Escuela Normal, calle de Ulm, núm. 45. Los enfermos entran al vestíbulo del laboratorio a las once en punto, y el mismo doctor va llamándolos uno a uno por categorías, es decir, según deben recibir un virus más ó menos debilitado. El doctor Grancher es el que practica diariamente las inoculaciones bajo la dirección de Pasteur. La operación, que no es dolorosa, consiste en introducir con una jeringuilla Pravaz en la piel por lazo de las costillas una cantidad de líquido en que está preparado el virus, para que así penetre en el torrente circulatorio. Esta operación se verifica varios días, graduando la intensidad del líquido profiláctico hasta que se considera anulada la acción del virus inoculado por la mordedura del perro rabioso. Hasta ahora los resultados han sido satisfactorios.

El Dr. Pasteur ha dedicado más de seis años a preparar esta invención, y ciertamente es hombre acreedor al reconocimiento de sus semejantes. Su carácter amable se manifiesta en la dulzura con que trata a los enfermos; sobre todo tiene particular ternura para los niños. Como verdadero sabio, es católico. Frisará con los 56 años. Dios conserve largo tiempo su vida en beneficio de la humanidad.

VISTA GENERAL DE ASÍS EN ITALIA.

A 20 kilómetros de Perugia, sobre el pintoresco valle de Spoleto, se halla situada la Cuna de San Francisco, según se representa en nuestro grabado. Es población de 5.000 almas, y conserva en sus calles y edificios el aspecto venerable de la Edad Media, como si el tiempo y los hombres se hubiesen juntado para conservar los recuerdos de San Francisco, que están vinculados en aquellos lugares.

El edificio que se ve a la izquierda es la iglesia de Santa María de los Angeles.

Los lectores de LA ILUSTRACIÓN conocen algunas descripciones del interior de Asís y de su célebre basílica: baste aquí esta noticia para acompañar el grabado que reproduce fielmente la vista de la ciudad *ridente*, como la llamaba el Dante.

LA LECCIÓN DE CALCETA.

En este precioso cuadro del pintor H. Waner se reproduce con todo su natural encanto una escena de familia. Una anciana, en cuyo dulce semblante está retratada la bondad de su corazón y la inocencia de su vida, enseña a su nietecita el modo de hacer calceta, pacífica tarea en que invierte sus horas la bondadosa abuelita. La niña, para quien el trabajo sedentario es poco aceptable por la incansable actividad de su edad, fija con mal disimulado disgusto la atención en el monótono punto de la calceta, mientras embargan su imaginación los juegos y travesuras de los pocos años.

La escena está perfectamente retratada: el contemplador asiste a ella como si fuese real y comparte sus simpatías con la dulce mansedumbre de la pacífica anciana y con la contenida travesura de la inocente niña.

La institución de la Eucaristía según el Beato Angélico.

El Gobierno italiano quiere poner mano en el célebre convento de San Marcos de Florencia, donde vivió el pintor Angélico y donde se guardan muchas de sus candorosas pinturas. Con este motivo la memoria del famoso pintor se ha renovado, y las publicaciones artísticas reproducen para seguir este impulso, alguna de sus obras. Tal debe de hacer LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, y estando en la semana del *Corpus* nada más oportuno que la reproducción de la célebre *Institución de la Eucaristía*, que en efecto se admira y estudia en San Marcos de Florencia, con otras muchas páginas evangélicas reproducidas por su pincel y que forman como una vida pintada de Nuestro Señor Jesucristo.

Cada cuadro va acompañado de un versículo de la Escritura, que explica el pensamiento del pintor. Uno de estos cuadros es el que hoy reproducimos, cuyo versículo es el siguiente: «Inmolare para vosotros una víctima sobre el monte de Israel, a fin de que comáis su carne y bebáis su sangre. El que come mi carne y bebe mi sangre, alcanzará la vida eterna.»

Nuestro Señor está dando la comunión a los Apóstoles arrodillados y a la Santísima Virgen como si fuese un sacerdote de nuestros altares. El pintor, para realzar el asunto, cuya grandeza es infinita, ha sobrepuesto, por decirlo así, la verdad mística a la verdad histórica. En la mesa no se ve vianda alguna; toda la realidad se eclipsa ante la sublimidad del augusto misterio.

La composición deja en la parte técnica mucho que desear: las actitudes son duras y las cabezas muy grandes. Algunos entusiastas del Beato Angélico, como Cartier, por ejemplo, atribuyen estos defectos a Fray Bartolomeo; pero creemos que no hay necesidad de apelar a este endoso, ni para celebrar el Apelo de Fiesoli, ni para admirar este cuadro.

En primer lugar, no siempre son las pinturas del Beato Angélico modelos de corrección técnica, ni es esta cualidad la que ha hecho tan famoso al serafín de Fiesoli; lo que encanta en sus obras, es la dulzura de sus vírgenes, la expresión mística de sus santos, y la pureza y placidez verdaderamente angélicas de sus composiciones. En este punto, el Beato Angélico no ha tenido rival. Por lo que hace al cuadro que hoy reproducimos, tampoco necesita de la perfección técnica para ser admirable, por más que esta perfección realzaría su mucha belleza. Bástale la hermosura del pensamiento y la originalidad de su expresión, que hace de esta obra de arte una obra de piedad sublime y profundamente teológica.

Nicolás Poussino representó la institución de la Santa



Eucaristía con la forma del Beato Angélico. Lo que prueba, que, á pesar de sus incorrecciones, los artistas se complacen en seguir las huellas del serafín de Fiesoli, enamorados de la pureza y expresión verdaderamente celestial que en todas sus obras resplandecen.

El Beato Angélico llamado Juan de Fiesoli nació en Vicchio, ciudad de los Apeninos, en la provincia de Mugella, en 1287. Fué religioso dominico y murió en Roma en 1445. Se cuentan de él sobre 123 obras repartidas por todos los museos de Europa, aunque la mayor parte subsisten en Italia y principalmente en Florencia.

## EL SABER

**S**i hubiéramos de apreciar el valor intelectual de nuestra patria por el interminable catálogo de sabios con que cuenta; si fuéramos á calcular el caudal de ciencia que posee por el número de sus doctores y publicistas, á apreciar su criterio por la lista de sus críticas, su filosofía por su caterva de filósofos, su moral por la abundancia de sus moralistas, su elocuencia por el diluvio de sus oradores, su literatura por la plaga de sus literatos, su enseñanza por su tropel de catedráticos, su saber, en fin, por la suma total de todos estos sumandos, seguramente nuestro asombro no tendría límites, nuestro entusiasmo rayaría en locura, pues nos creeríamos en una edad más dorada que la de oro, más pura que la de plata, más fuerte que la de hierro, más clara que la de la luz, más rápida que la del vapor; nos creeríamos en la edad de la suprema ilustración. Pareceríamos que hemos roto las vallas de la ciencia, que hemos descifrado todos los problemas vedados al hombre, que hemos llegado á agotar los conocimientos humanos, á resolver los divinos, á apoderarnos de la ciencia del bien y del mal encerrada en el árbol del Edén.

Si nos echamos por esas calles de Dios, veremos todas las esquinas atestadas de carteles, que están saltando á los ojos, disputándose el honor de una mirada nuestra, como los hombres se disputan la de una mujer hermosa, y recordándonos que estamos en el siglo de la publicidad, en que todos leen y escriben.

De vez en cuando pasaremos por la redacción de algún periódico, de la que sale parte del alimento intelectual de millares de lectores hambrientos del periódico nuestro de cada día.

No daremos muchos pasos sin tropezar con una imprenta, fábrica de escritos que han de difundir el saber por todas las cabezas. Allí se convierten en plomo los pensamientos; allí se hace sabios á los topos á fuerza de tipos.

Si entramos en las librerías veremos, como extraído en un frasco el espíritu de los siglos, el pensamiento humano materializado. Admiraremos la prodigiosa cantidad de obras de todas especies que nacen cada día por millares, que brotan como las hojas por primavera. ¡Cuánto autor empleado en ellas! ¡cuánto cerebro exprimido! ¡cuánta idea desparramada! ¡cuánto saber consumido en su confección! ¡cuántos lectores con los ojos abiertos esperando devorarlas! Al ver su abundancia, ocurre que la cabeza humana es una inmensa máquina que trabaja sin descanso y que grita: *leña, leña*, y si no se le echa leña se para y muere en seguida.

Si nos dirigimos á colegios y universidades, las veremos plagadas de grandes hombres en proyecto consagrados al culto de Minerva, y este espectáculo nos atestiguará que el dón de sabiduría, el dón de entendimiento y el dón de ciencia son los tres dones de que, de los siete que posee, ha hecho donación con más largueza el Espíritu Santo á los que hoy tenemos la dicha de vivir.

Pero cuando más asombrados quedaremos es si penetramos en academias, ateneos y círculos literarios. Allí veremos por doquiera sabios; oiremos discursos, polémicas, discusiones en que se trata de todo lo sabido y por saber, en que se citan obras y autores hebreos, egipcios, persas, griegos, latinos, chinos, turcos y rusos. Allí cada hombre es un Metternich en política, un Smith en economía, un Napoleón en táctica, un Rafael en pintura, un Plutarco en historia, un Aristóteles en filosofía, un Cuvier en geología. Allí todo se sabe, de allí está desterrada la duda; la ignorancia no se atreve á asomar las narices en cien leguas á la redonda.

En verdad que al contemplar cuadro tan deslumbrador, la mente queda asombrada, y se pregunta uno á sí mismo si viviremos en el fantástico y rico Eldorado de la inteligencia.

Allá por los tiempos en que la mina del saber estaba apenas explotada, en que la sabiduría, menos generosa que hoy, no había volcado sobre la tierra el arca de sus caudales, los sabios eran contados.

Entonces un sabio era un bicho raro, una golondrina en invierno, tenía canas, vivía retirado del mundo, leía de noche y día, comía sobre tomos, usaba manuscritos por almohadas, velaba en vez de dormir, cavilaba en vez de soñar, y á fuerza de desvelos, estudios y experimentos, cuando ya tenía surcada la frente por el arado del tiempo, marchitas las mejillas por el sol de la meditación, las barbas blancas y vírgenes de barbero, la cabeza hecha un desierto de Sahara, despoblada de cabellos por fuera á fuerza de poblarse de ideas por dentro, los ojos cansados de caminar sin descanso por el camino de los renglones, peregrinando en busca de la verdad; agobiado el cuerpo bajo la siempre creciente carga de los años, el cerebro hecho una esponja empapada en las turbias aguas de la ciencia, entonces solía recompensarse diciéndole de él: «Fulano es un sabio;» y al morir tal vez dejaba un pequeño libro, único fruto del árbol de su larga y trabajosa existencia.

Pobres sabios antiguos, ¡cuán pobres son al lado de los modernos que hormiguean en nuestra España! Nuestros *neo-sofos* ó sabios de nuevo cuño, tienen poco más de veinte mayos, abundantes y perfumadas cabelleras rizadas por el peluquero, caras aun femeninas despojadas de barba, frescas mejillas, firmes dientes, terso cutis, arrogante apostura, robusta voz y fuerte mano.

Duermen cuanto les pide el cuerpo y les permite la cama; se acicalan por mañana, tarde y noche; fuman, juegan, hacen el amor, pasean, comen, toman café, van al teatro, luego á tertulias, y sin embargo son sabios. Hablan cien idiomas, matan las lenguas vivas y resucitan las muertas, poseen á fondo griegos y latinos, tienen la historia en la punta de los dedos, la literatura, á guisa de lente, montada en la nariz; saben la filosofía mejor que el Padre nuestro, desafían á cualquiera en punto á economía; la política para ellos no tiene secretos, la metafísica no tiene dudas, la teoría no tiene misterios. Peroran, y sus discursos abrazan más que las 900 proposiciones de Pic de la Mirandola: se ocupan de *omni rescibili*; de Aristóteles saltan á Platón y echan por tierra sus doctrinas; citan nombres de autores alemanes, de esos que se escriben con treinta letras y se pronuncian con media, ó se escriben con tres y se pronuncian con treinta; se meten en las honduras del *criticismo* ó las *ideas puras* de Kant; repiten esas grandes palabras de efecto, *objetivo, subjetivo, yo, no-yo*; términos tan sustanciosos como *causas, sustancias, principios*; voces tan huecas como *espacio, inmensidad*; frases tan pomposas como *unidad absoluta*; tan grandes como *extensión, eterno, infinito*; tan monas como las *monades* de Leibnitz. Examinan las teorías de los *panteístas, emanatistas, animistas, atomistas, ateos* y demás sectas que en todos tiempos han querido explicar lo inexplicable, comprender lo incomprendible y ver lo invisible. Los nombres de Anaxágoras, Plotino, Newton, Descartes, Kant, Spinoza, Krause, Fichte, Schelling, Hegel, Hobbes, Locke y y otros semejantes son las lentejuelas que hacen relucir la bordada tela de sus discursos.

Remueven las hojas del libro de la historia, destrazan los héroes, destrizan las leyes, juzgan las generaciones, vuelven los siglos del revés y muestran hasta el forro de sus vestiduras.

Geólogos, astrónomos, físicos y naturalistas expertos, analizan el *Cosmos*, y revelan las leyes de su complicado mecanismo, con la misma facilidad que compran un *cosmético* para el tocador.

Estéticos consumados, explican la teoría del arte en todas sus épocas, pueblos y manifestaciones.

Críticos profundos, juegan á la pelota con un Voltaire, un Rousseau, un Chateaubriand; incensan ó derriban de sus altares á los Dantes, Shakspeares, Calderones, Goethes ó Victor Hugos.

Los discursos de los *neo-sofos* son el resumen de todos los conocimientos elevados á la última potencia de la perfección, despojados de sus dudas, purgados de sus errores. Tomar ellos la palabra es tomar la verdad entre los labios, y por eso, junto con la palabra, toman los ojos, los oídos, el entendimiento, la razón y la voluntad del asombrado auditorio.

Con la misma facilidad escriben en periódicos, machacan la política para hacer la salsa de sus artículos, arreglan el mundo en teoría, reforman la administración en principios, combaten las leyes y las instituciones. Sus plumas son una especie de palanca de Arquímedes. No hay ninguno que en sus adentros no se diga *da mihi punctum et terram movebo*; pero, ya se ve, no les dan el punto ¿cómo han de mover la tierra?

No basta á tales sabios ser oradores y periodistas; son también publicistas, y allá van libros; son poetas, y allá van dramas, comedias, zarzuelas, odas, elegías, sonetos y romances al por mayor. Ellos tienen coronas, nombradías, principios, opiniones, pro-

séritos, admiradores; alcanzan aplausos, elogios y distinciones; y todo esto lo tienen antes de tener la barba. ¡Oh juventud prodigiosa! ¡Oh generación sabial! ¡Oh siglo feliz!

Pero, ¿cuándo aprenden? ¿Dónde aprenden? ¿Cómo aprenden? ¿Dirá alguno? ¿De dónde sacan esos tesoros? ¿Quién les descifra tantos arcanos? ¿Quién les resuelve tantos problemas? Nadie: su cabeza, su razón, su imaginación. Intelectualmente ellos nacen de sí mismos, son flores que brotan sin tierra. Acaso han sido engendrados en un estante, ó han aparecido como las polillas entre las hojas de un libro, han mamado tinta de imprenta, han usado pañales de papel. Tal vez pertenecen á una casta nueva de seres que ni son ovíparos ni vivíparos, sino *libríparos*; sea de ello lo que quiera, lo cierto es que se lo saben todo, y solitos se lo aprenden. Aprender lo que se enseña no tiene gracia, lo hacen los perros, los loros y monos; aprender sin maestro ni libro es la gran gloria, el milagro de nuestros sabios. Antes se cultivaba la ciencia *confusa*; hoy la ciencia *infusa* es la mejor sabida y la más sólida de todas. Hoy cada cabeza es una finca, y con el tiempo habrá quien tenga un administrador de su ciencia para que lleve la cuenta de conocimientos entrados en cabeza y de gastos invertidos en escritos. ¡Qué cabezas las del día!

Al ver esto tiembla uno pensando que llegue un día en que todos sean sabios, y que en esta California de la ciencia, al verse todos opulentos, no haya ni quien haga zapatos, ni quien guise, ni quien cosa, ni quien construya casas, porque todos, dormidos en las delicias de Capua, querrán gozar de los tesoros encerrados en sus frentes, todos serán ricos, y estarán de continuo consagrados al estudio, á la discusión, á la meditación, alimentándose de ideas á falta de manjares, bebiendo las aguas del saber á falta de vinos. Aquel día todos se vestirán por el figurín de los salvajes, es decir, irán desnudos, vivirán al aire libre como los pájaros, comerán por todo alimento bellotas como los griegos primitivos, ó hierbas como los brutos; pero todos serán unos Sénecas ó unos Burrhos; la humanidad sabrá, sabrá y sabrá, los hombres serán dichosos. Acaso algún nuevo redentor gritará: «¡A mí los tontos!» como Jesucristo decía: «¡A mí los niños!»

Pero veamos el teatro de la ilustración entre bastidores; toquemos los manchones que nos parecen un árbol lozano, el brochazo que nos parece nube de nácar, el lienzo que se nos antoja tranquilo valle ó lago cristalino. Dejemos la encantada butaca y entremos en el embaucador escenario.

En unos cuantos años de universidad enseñan á nuestros estudiantes todas las ciencias, todas las *logias, sofias, grafias, metrias, nomias, gonias, micas, ticas*, etc. Con razón dicen que se lo enseñan, pues no hacen más que enseñárselas para que las vean, pero no para que se queden con ellas, pues son propiedad de los catedráticos. Graduándose de bachilleres, les dan un papel que quiere decir: «El dador es hombre que sabe, permítasele la entrada en el campo del saber;» lo cual no impide que al guardarlo en el bolsillo muy ufano, se ha evaporado del frasco la esencia adquirida á fuerza de peloterías en casa y castigos en la escuela. Eligen lo que, por de corrida que hoy se hace, se llama con razón *carrera*, y que antes se llamaba *profesión*; pero para una profesión hay que profesar como monja, y para una carrera basta correr como un galgo; por eso hoy todos estamos por las carreras, aunque sean de caballos. Concluida la carrera les dan su título; con éste se ha engañado al mundo, hacen como que saben, se han pintado de colorado y deslumbran la vista.

Conociendo ellos acaso su propia impotencia y aspirando á grandes hombres, se dicen para su capote: «Debo estudiar,» y van por libros. Pero ¡ay qué libros! ¡Cuántos tomos en folio! El que menos exige medio año para leerle y uno para estudiarle. Un tomo en folio en España es más temido que un toro escapado, y no hay quien se atreva á esperarle. ¿Pasarán toda su vida estudiando para encontrar á la vejez que saben *algo*? El tiempo urge, es preciso saber pronto, saber de todo, aprovechar la época del vigor, llegar al último escalón de la escalera social antes que el reloj señale la media vida. ¡Tanto tomo! ¿Quién tiene paciencia ni tiempo? ¡Fuera estorbos, fuera la carga, á correr en pelo, libres, de prisa!

Los libros cortos ¡qué bonitos! se leen al vapor, aunque no se aprenden; se leen dos por semana: «estos queremos, estos necesitamos,» se dicen locos de júbilo, y á libro por semana empiezan sus lecturas. ¿Qué libros son? Libros de crítica franceses, en los que en dos páginas hallan explicadas todas las filosofías del mundo y del *no mundo*; en un capítulo aprenden todas las literaturas, y se conocen todos los poetas y literatos de la tierra y del cielo: en



un tomo se empapan en los escritos de los Padres de la Iglesia, tan largos y tan pesados, y saben teología; un par de tomos son los dos rails por donde atraviesan por ferrocarril en un momento el inmenso campo de la historia.

Pero lo que es una delicia, un hallazgo, una mina para nuestros sabios, es esa multitud de revistas extranjeras científicas, literarias y políticas que de las nubes del extranjero caen cual lluvia benéfica y fecundante en nuestra patria. En ellas se ven, como por un telescopio, los distantes conocimientos antiguos y modernos esparcidos en la esfera del saber, y como un microscopio hasta los más diminutos átomos intelectuales de todos los países. Con leer las revistas y explotarlas se sabe de todo, se puede hablar de todo, escribir de todo, discutir de todo, en-

tender de todo. Por eso los *neo-sofos* siempre están pasando revista á las revistas, que de puro revistas quedan que no se las puede ver. Allí comen el alimento intelectual mascado y digerido por otros; allí se bañan mejor que en agua rosada, se dan saludables baños enciclopédicos, colorete al entendimiento, que dura un día; se curan la enfermedad de la ignorancia tomando *homeopatía sabia*, ó sea la ciencia disuelta en agua, los folios reducidos á glóbulos ó artículos. Ellos dirán á los alemanes, franceses é ingleses: «Pobres tontos, ellos hacen el plato y nosotros le comemos; ellos son los cocineros que trabajan; nosotros los señores que disfrutamos;» pero en realidad, en la vida de la ilustración nos alimentamos de las migajas que Francia deja caer de su mesa.

Si convocásemos á muchos de los que pasan por sabios, ¿resistirían á un examen minucioso? Un estanque helado aparece lo mismo con una vara que con una pulgada de espesor; pero meted el bastón, ésta se quebrará, aquélla resistirá. Tocad con el bastón la cabeza de nuestros eruditos, la capa brillante de hielo se romperá. ¿Qué encontraréis debajo? el vacío.

Preguntad al que en su discurso citó y recitó á San Agustín, al que exclamó: «¡Oh! el gran Descartes» qué obras escribieron éstos, y tal vez de vergüenza quedará petrificado como las hijas de Niobe. Al que hoy en el artículo literario ó en la revista de teatros nombraba Shakspeare, Schiller, Plauto y Terencio, preguntadle pormenores de sus obras, y acaso obtendréis el silencio sublime, la elocuente callada por respuesta.



VISTA GENERAL DE ASÍS EN ITALIA.

Al que en el escrito científico hablaba de leyes físicas, de astronomía, de geología, etc., preguntadle qué cosa es física, qué es la paralaje, qué es paleontología, y puede ser que quede más tieso y frío que los fósiles de que esta ciencia se ocupa. Al que repitió los nombres de Rubens, Leonardo Vinci y Julio Romano, preguntadle qué es escorzo, diseño ó claro oscuro, y se pondrá más descolorido ó colorado, con más colores que los lienzos de que hablo. Al que en el periódico nombra á Pitt, Talleyrand ó Peel, preguntadle que quién era Pitt ó que qué hizo Peel, y sólo sabrá quizá que Pitt es el gran Pitt, Peel el gran Peel y Talleyrand el gran Talleyrand.

Nuestros sabios quieren pasar por de oro, y sólo son *sabios de doublé*. Cojamos ciento; separemos del ciento los ceros, ó sean los que no tienen valor, los que son redondos y huecos; queda sólo el uno, uno sólo que sea cifra significativa, que valga de veras.

¿De quién es la culpa de esto? De ellos y del mundo. De ellos, por su impaciencia; del público, porque hoy exige más de lo debido, y al mismo tiempo se contenta con cualquier cosa que le dan; quiere que todos sepan, y acoge á los que no saben.

Uno se dedica con esmero á un estudio dado, descuida los demás; va entre gentes que hablan de todo; él sabe una cosa bien sabida, pero se avergüenza y le avergüenzan si no entiende de todo; entonces mi avergonzado abandona los estudios formales y se lanza á la generalidad; deja el fondo por la superficie, la unidad por la pluralidad, la la ciencia por la enciclopedia; el mundo ha perdido tal vez un sabio verdadero, y el sabio acaso un mundo. Este espíritu generalizador es la perdición de las inteligencias; ese vértigo ambicioso por saber es el que impide que talentos privilegiados para un ramo se desarrollen, es el que los ahoga en el

torrente invasor de las nociones. La sociedad es indulgente, eleva á nulidades á las alturas; los que vienen detrás quieren subir, ambicionan; las ondas impelen á las ondas; todos quieren llegar al mar, ser la cima de la ola embravecida que se alza hasta el cielo.

«Hable usted,» dicen á uno de estos sabios de *mentirijillas*, como dando por corriente que hoy el que tiene lengua puede hablar, como andar el que tiene pies. Habla, le aplauden y sube. Todos quieren hablar y subir.

«Escriba usted, Fulano,» Fulano escribe tres artículos de economía, y dicen: «Fulano debe ser empleado.» Todos quieren ser escritores y obtener empleos.

El naturalista Buffón escribió una *Historia natural*; el *artificialista* Mengano escribe una *Historia artificial*, y todos dicen: «Debe ser académico.»

Nuestros *neo-sofos* quieren correr; el público les da latigazos: por eso todos corren, y por eso el que anda con calma se queda atrás y ve llegar á los demás al término de la carrera; obtener la palma y ser conducido en triunfo.

Por eso ¡qué pocos discursos resonarán en los siglos futuros! ¡Qué pocos dramas conmoverán á las venideras gentes! ¡Qué pocos libros enseñarán á nuestros descendientes! ¡Qué pocas obras de las inteligencias de hoy resistirán en nuestra patria al naufragio de los tiempos, y sobrenadarán sobre las aguas de este nuevo diluvio!

Cuando la Reina Catalina II de Rusia viajaba por su vasto imperio, su favorito y ministro, el célebre Potemkin, hacía levantar por el camino pueblos de cartón pintado para que su soberana se envaneciese con la prosperidad de sus Estados: En el campo de la ilustración de nuestra patria un nuevo Potemkin ha levantado pueblos hermosos rodeados de vegetación y vida que sorprenden al viajero; pero acercémonos y veremos el cartón de que se componen

para halagar y engañar los ojos de esa gran soberana, que es la sociedad.

No faltará algún lector que á quien esto escribe le diga amostazado: «Tú, escritoruelo imberbe, que tan arrogante escribes, ¿tienes la vanidad de excluirte del gremio de los *neo-sofos*...?»

No, lectores míos; el autor de estos renglones se acusa del pecado de ignorancia; pero no aspira á echarla de sabio, sino á decir lo que piensa, lo que cree y lo que siente, y por eso con Iglesias dice:

¿Ves al que esta satirilla  
Escribe con tal denuedo,  
Que no cede ni á Quevedo  
Ni á otro ninguno en Castilla?  
Pues con su vena, letrilla,  
Pluma, papel y tintero,  
Es mucho más majadero.

J. A. G.

## EL LUJO

DISCURSO DEL RDO. P. LACORDAIRE.

**I**NVITADO este célebre religioso á usar de la palabra en una junta general de la Sociedad de San Vicente de Paul (la que se celebró en París el día 8 de Mayo de 1851), pronunció un discurso sobre el lujo, de que el Boletín de dicha sociedad en Francia publicó el siguiente extracto. Nos parece que con dificultad se puede presentar un conjunto de ideas más interesantes, y por desgracia de mayor aplicación para nuestro país, en que tanto va penetrando ese funesto y malhadado lujo que caracteriza á la época actual:

«El lujo es lo inútil. Dios, que nada ha hecho inútil, y que lo ha hecho todo barato, ha permitido que el hombre haga muchas cosas inútiles y muy





LA LECCIÓN DE CALCETA. — Cuadro del pintor H. Waner.

caras. Lo necesario cuesta poco; y la memoria misma que se acaba de leer prueba que se puede hacer comer á un pobre de París por quince céntimos (cuatro cuartos). Eso consiste en que es preciso que el pobre coma, y por eso se le puede hacer comer barato. Pero lo inútil no suele hacerse barato. Así que un hombre llega á ser más rico que su vecino, su primer deseo no es precisamente el de comer mejor que el tal vecino, sino el de tener cierto número de adornos inútiles. Hoy día no se sabe decorar de otro modo el paraje donde se habita. Entremos en una sala: lo que más llama la atención es una multitud de objetos que no sirven. Es el chinero, mueble cargado de una infinidad de cositas inservibles y costosas. Cada año se aumentan, y cada día se gasta una hora en limpiar con un plumero, que quizá cuesta también muy caro, todas aquellas frivolidades, de las que nadie puede decir para qué sirven, ni los que las venden, ni los que las compran, ni los que les quitan el polvo. He aquí el lujo. Es

fácil burlarse de él; pero también hay que deducir de aquí pensamientos serios, pues no hay en el mundo cosa que Dios haya maldecido más que el lujo, ni á que haya destinado castigos más terribles.

» El lujo es la ruina de la limosna, la ruina de las familias, la ruina de las sociedades.

» El lujo es la ruina de la limosna, porque agota sus manantiales. Yo no pido que por favor á los pobres se renuncie á lo necesario: concedo al rango lo que constituye la diferencia de los rangos; y no condeno lo que es útil y conveniente. Se necesita tener camas, sillas y aun sillones, si se quiere; pero todas estas cosas están medidas por las exigencias del cuerpo humano. Tienen sus límites en las necesidades que Dios ha querido que sintamos. Pero las necesidades que Dios no ha querido, aquellas que nuestra vanidad nos ha creado, no tienen límites: y éstas son las que no nos permiten sacar de nuestros bienes la parte que debemos á los indigentes; éstas son las que, no sólo consumen lo superfluo, sino

que acaban por devorar del todo los patrimonios.

» Pues el lujo es también la ruina de las familias. Todos, ó casi todos nosotros somos pequeños propietarios, y estamos expuestos á serlo cada vez más pequeños. No habiendo nada que pueda detener la multiplicación de las clases que viven con comodidad, las herencias han de irse dividiendo cada vez más y más; y el aumento del lujo corre parejas con la disminución de las fortunas. Recordemos cómo se vestía, se alimentaba y se alojaba la generación de nuestros padres, mirémoslos después á nosotros; la diferencia es espantosa. Allí donde el padre vivió feliz con un cuarto que servía á la vez de dormitorio, de sala y de comedor y con una mesa en que el vino tinto ordinario era el regalo de los días de fiesta, el hijo, que ocupa la misma posición social, se consume de tedio en salones ricamente amueblados, y en una mesa cuyos goces no bastan á animar cinco ó seis diferentes clases de vinos. ¿Cuánto creen ustedes que podrá durar esto?



Ustedes economizan poco. Sus hijos, si no tienen talento (¿y quién puede asegurar que lo tendrán?) no harán más que comerse las pocas economías que encuentren; á la tercera generación tendrán ustedes por herederos algunos pobres de solemnidad.

En fin, el lujo es la ruina de las sociedades. La mayor parte de los economistas no me perdonaría esta proposición porque voy contra todos sus asertos. Y no es esto decir que niegue yo las matemáticas; pero no olvido la historia, y la historia prueba que las naciones corrompidas han caído por las riquezas. No es preciso recurrir al cristianismo; en buen sentido de los paganos nos enseña que las antiguas virtudes vivieron con la antigua pobreza, en aquel tiempo en que Cincinato guiaba el arado con sus manos consulares. Pero cuando Roma se corrompió con los despojos del universo; cuando los baños de los Césares, con sus miles de asientos de mármol, no bastaron á la molición del pueblo-rey; cuando los hijos de aquellos guerreros que habían soportado los ardores y los hielos de todos los climas, no pudieron aguantar el sol del Foro, entonces el Imperio se perdió. Vinieron los bárbaros, hombres vestidos con pieles de cabra y de lobo, y barrieron aquella raza degenerada, que no sabía ya más que ostentar pajitas de oro en pechos que habían sido los pechos de los romanos.

¿Nos hemos de reducir, pues, dirán ustedes, á la sopa negra de los esparciatas, y renunciar á toda grandeza y á toda alegría?

Señores, el lujo no forma la grandeza. Una catedral no es una obra de lujo; y es bien grande. De veinte años á esta parte, la voluntad de Dios me ha llevado muchas veces á Roma; he tenido muchas veces el honor de entrar en la habitación de los Papas, en el Quirinal, en el Vaticano; y en los veinte años no he visto allí un solo mueble nuevo, ni más cambio que el siguiente: los asientos de madera en que estaba escrito el nombre de Gregorio XVI, se han vuelto á pintar para escribir el de Pío IX. Y sin embargo, todo el universo conviene en que no hay nada más grande que el Vaticano y el Quirinal. Durante ese tiempo, el último vecino de París ha mudado de muebles tres veces; pero en cambio su habitación es estrecha, y todo en ella está indicando la afectación y la mezquindad; nada elevado, nada grande, nada profundo. Si ustedes amasen mejor á sus hijos, querrían dejarles sus muebles como nuestros abuelos nos dejaban los suyos, para que algún día pudiese decir el hijo, mostrándolos con emoción: «Este es el sillón en que se sentaba mi padre!»

El lujo no da alegría. Los goces del lujo se han hecho para los entendimientos obtusos. Vuelvo á decir que no quiero la confusión de los rangos; pero cuando se puede llevar un frac de 100 francos, llevar uno de 200 por vanidad, me parece un placer detestable.

Lo que distingue los rangos, lo que caracteriza las diferencias convenientes, es el gusto. Ustedes ven personas que han ocupado una posición social elevada, y ahora son pobres; pero con el gusto saben llevar noblemente su pobreza. La alegría no frecuenta las mesas servidas con profusión, esas grandes mesas de que no se suele uno levantar contento, ni aun satisfecho; pero hace los honores de la comida en la casa del cura de aldea. No conozco nada más agradable que la comida de un cura de lugar: allí se encuentra todo lo que constituye el verdadero placer; allí se encuentra el corazón, la generosidad sincera; y sin embargo, ¿qué es un cura de lugar? Un hombre que tiene 800 francos de renta y dos gallinas en el corral. ¿Qué es un fraile? Hoy día no es ya un recuerdo ó una abstracción; ustedes los tienen á su vista: es un hombre cuyo traje cuesta 48 francos y dura tres años; un hombre que se priva de todo; un hombre que vive con muy poco. Esto es lo que hace la fuerza de la Iglesia. La Iglesia ha sido muy rica, se ha vuelto muy pobre; y por eso no deja de ser más fuerte aun. Las sociedades que no saben privarse del lujo perecen, porque el lujo cuesta caro. Pero el cristiano vive siempre, porque vive con lo necesario, que cuesta poco; le basta un pedazo de pan y un plato de verdura. Las naciones corrompidas por la opulencia acaban tarde ó temprano; pero el cura de aldea con su breviario debajo del brazo, y el fraile con su palo en la mano, si es viejo y necesita palo, siguen su camino, y siempre se están viendo.

Ustedes no se salvarán sin esta condición. Ustedes no podrán librarse de los peligros de estos tiempos sino por medio de la sencillez y de la virtud. Esto es lo que el Evangelio nos enseña. Y ahora, si cada uno de ustedes, al volver á su casa esta noche, examina su lujo y se preguntase: «¿Qué tengo yo que sea inútil?» se asombraría de lo mucho que puede dar á los pobres. Y al privarse de lo inútil para dar á los pobres lo necesario, haría más bien que si escribiese el mejor libro del mundo;

pues como decía un sabio, el mejor libro no vale tanto como la menor de las buenas acciones. Penétrese ustedes de estas verdades, severas á pesar del tono festivo con que las he enunciado, propio de la cordialidad de esta reunión, y cuya prueba he encontrado en el relato tan piadoso y tan bello que acabamos de oír.»

## HISTORIA DE PLANTAS Y FLORES

### EL AMARANTO



AMARANTO tiene su origen etimológico del griego  $\alpha$  (alfa) privativa, y *maraino*, marchitarse; vale tanto como *flor que no se marchita*. Es así llamado este género por la persistencia de sus flores, dispuestas en espiga ó en racimo.

Hay varias especies de amarantos, pero la típica es el *amaranto piramidal*, que á veces crece hasta dos metros; su follaje está teñido de rojo y se distingue por su enorme inflorescencia en forma de espiga de un rojo aterciopelado muy subido. El *amaranto cola de zorro* ó *disciplinas de religioso*, tiene las hojas oblongas y rojizas, y las flores de rojo escarlata, en racimos colgantes, que semejan unas disciplinas ó la cola de un animal. El *amaranto cresta de gallo*, así llamado por la forma de su inflorescencia, más ó menos semejante á un penacho, tiene las flores aterciopeladas de un bello color rojo violáceo; esta especie ha dado nombre al color rojo amaranto. El *amaranto tricolor* tiene las hojas manchadas de amarillo, verde y rojo, sirve en los jardines para hacer macizos y borduras. Por último, el *amaranto blado* es una hortaliza de tallo ramoso, hojas ovales y escotadas; esta especie es comestible.

Entre los antiguos el amaranto era el símbolo de la *inmortalidad*, entre nosotros lo es de la *constancia*. Los magos atribuían á las coronas hechas con esta flor la virtud de conciliar á los que las llevaban el favor y la gloria. En la Academia de los juegos florales de Tolosa el amaranto de oro era el premio de la oda.

Cristina de Suecia instituyó en 1653 la Orden del Amaranto, que tuvo origen en una curiosa fiesta.

Había en Suecia un día en el año de general regocijo llamado Wirtschaff, es decir, *fiesta de los palacios*; este día se pasaba en bailes y festines, que duraban desde latarde hasta la mañana siguiente. Cristina cambió el nombre de esta fiesta y la llamó *fiesta de los dioses*. Los caballeros y damas de la corte sacaban á la suerte la divinidad que debían representar. Los dioses eran servidos á la mesa por la flor de la juventud aristocrática de ambos sexos, que parecía aún más brillante por la diversidad de trajes que cada uno inventaba para sobresalir de los demás. La reina se vistió de *amaranto*, esto es, *inmortal*, con un magnífico traje, cubierto de diamantes que distribuyó á las máscaras que había en el festín. Esta Orden fué más galante que caballeresca. Las insignias consistían en una medalla oval de oro, esmaltada en el centro de rojo, donde se encontraban las cifras A y V, con una corona de laurel al rededor, todo hecho con diamantes, y por divisa al rededor: *Dobe nella memora; le souvenir en est agreable*. Según otros el mote era *Semper idem*. Esta medalla estaba suspendida de una cinta color fuego y se llevaba al cuello.

El nombre de amaranto le llevan diferentes objetos: se llama amaranto de mar á un polípero, especie de meandrina. El paño, tafetán y satén de amaranto reciben este nombre por su color. Amaranto es un pueblo de Portugal, provincia de Minho, de 5.000 habitantes, que tiene aguas ferruginosas.

Dubós expresa delicadamente el significado del amaranto en los siguientes versos:

Je suis la fleur d'amour qu'amarante on appelle,  
Et qui vient de Julie adorer les beaux yeux.  
Rose, retirez-vous, j'ai le nom d'immortelle  
Il n'appartient qu'à moi de couronner les dieux.

### EL MIOSOTIS Ó OREJA DE RATÓN

Miosotis viene del griego *mys*, ratón, y *ous otos*, oreja; se llama así por la forma de sus hojas. Es una preciosa planta de flores elegantes, azules, rosas ó blancas.

Las especies principales son; el *miosotis de los pantanos*, muy común en las praderas y parajes húmedos de Europa; sus flores son grandes, de hermoso azul, amarillas al orificio del tubo y dispuestas en racimo. Y el *miosotis de los campos*, cuyas flores muy pequeñas comienzan á brotar en primavera y duran todo el verano.

El miosotis produce el más delicioso efecto entre el verde césped, pudiendo adornarse con él los sitios frescos y húmedos de los jardines y las orillas de los arroyuelos ó de los estanques. También se le cultiva en jardineras y en tiestos para el adorno de las habitaciones.

D. Juan Arolas, en su bellísima composición á esta flor, dice

Donde bulle  
La cascada,  
Do zambulle  
Ave pintada,  
Que ama espumas  
Bellas plumas  
De colores,  
Vi unas flores.

Desmayaban  
Lisonjeras,  
Y bordaban  
Las riberas:  
Los espejos  
De cristales  
Con reflejos  
Celestiales  
Mantenían  
Y ofrecían  
Su figura  
Leve y pura.

Y las hadas  
Que las vieron  
Coronadas  
De ellas fueron;  
Luego el pecho  
Se adornaron  
Y en el lecho  
Las colgaron  
Del palacio  
De Topacio  
Que engalana  
La mañana.

Sobre el suelo  
Sus primores  
Dón del cielo,  
Los colores  
Cuando brille  
Sin las nubes

A esta bella y pequeña planta se le dan los nombres más graciosos y tiernos: «Cuanto más la veo, más la quiero,» «Acordaos de mí.» Entre los alemanes recibe el nombre de «Vergis mein richt,» «No me olvides.»

Esta florecita, dice M. Aimé Martín, fué entre los antiguos objeto de una interesante metamorfosis, acaso no tan interesante como la verdad. He oído contar en Alemania que dos jóvenes desposados se paseaban á orillas del Danubio la víspera de su matrimonio. Una flor de azul celeste se balanceaba sobre las corrientes aguas, próxima á ser arrebatada. La joven admira su belleza y deplora su destino fatal; en aquel momento el esposo se arroja á las aguas, coge el tallo florido y se vuelve nadando...

Se dice que por un esfuerzo supremo, echó esta flor sobre la ribera y en el momento de desaparecer para siempre, dijo á su desposada: «Amame, no me olvides.»

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

## EL RELATO DEL ABUELO

Del sol al postrer reflejo,  
junto á la lumbre apagada  
del hogar,  
me quería un pobre viejo  
su historia casi olvidada  
relatar.

Y sus días recordaba  
en fáciles narraciones  
y sencillas,  
mientras el llanto surcaba,  
al compás de sus razones,  
sus mejillas.

En el angustiado pecho  
de acerbo dolor un grito  
reprimió  
ante un juguete deshecho,  
y un laurel seco y marchito  
me enseñó.

Gloria, poder y hermosura  
el reposo le robaron  
y la calma,



luégo huyeron con premura  
y el hastío le dejaron  
en el alma.

En la noche silenciosa  
fué amontonando avariento  
oro y oro  
y hoy, cuando el dolor le acosa,  
no le remedia un momento  
su tesoro...

¡Con razón el pobre anciano  
recordando sus errores  
los deplora,  
mas recuerda que es cristiano  
y en la fe de sus mayores  
reza y llora!

Yo, como era un rapazuelo,  
de sus palabras ingrato  
me refa,  
y el relato de mi abuelo  
es hoy el mismo relato  
que yo haría.

JUAN DE LA SOTA.

## ROBESPIERRE

### Crónica dramática del Terror.

#### JORNADA CUARTA

##### LA ÚLTIMA NOCHE DEL TERROR.

Lugar de la escena, el mismo de la segunda jornada.

#### Escena primera.

LABAN, COCLÉS, GRILLON, *carceleros.*

LABAN.

(Saliendo por el corredor de la derecha seguido de un sargento y algunos soldados.)

Ya están encerrados. Trabajo costó, pero las bayonetas son muy persuasivas. (Al sargento.) Vuelve al cuerpo de guardia y coloca centinelas en la calle: no permitas que se forme ningún grupo en los alrededores de la Conserjería. (Salen el sargento y los soldados por la reja del fondo.) Has estado flojo, ciudadano Coclés. A mí no se me hubieran subido los presos á las barbas.

COCLÉS.

Es que estaban furiosos, y como son tantos... Tú mismo has tenido que reclamar el auxilio de la guardia.

LABAN.

Es lo que tú debiste hacer para que esto no degenerase en motín. Pero, ¿qué es lo que les ha vuelto tan atrevidos?

COCLÉS.

No lo sé á punto fijo, ciudadano alcaide. Esta tarde, según me ordenaste, no he permitido que se dejase entrar á nadie; pero los presos, bien lo sabes, husmean como los podencos todo lo que pasa fuera... y fuera debe ocurrir algo extraordinario. Parece también que entre ellos corren voces que los traen muy alarmados... Creen que los patriotas proyectan nuevos degüellos en las prisiones... ¿Qué sé yo...?

LABAN.

Los presos que yo guardo, sólo serán degollados por el verdugo en toda regla.

COCLÉS.

Pues ya se ve. Debes saber también que no hace todavía media hora, han pasado algunos grupos por delante de la Conserjería gritando: ¡abajo el Terror!

LABAN.

Eso es lo que les ha envalentonado.

COCLÉS.

Se dice que los grupos daban además otros gritos. Pero yo no lo creo.

LABAN.

Vamos, habla... ¿Qué vociferaban?

COCLÉS.

Dilo tú, Grillon, que lo has oído.

GRILLON.

No, yo he oído solamente que otros lo oyeron.

LABAN.

¿Acabaráis de reventar?

COCLÉS.

Pues bien, parece que gritaron también... ¡Muera Robespierre! ¿Concibes tú semejante audacia?

LABAN.

Sí... se conoce que no sabéis lo que pasa (En voz baja.) Los traidores triunfan en la Convención. De allí vengo bramando de ira. Oid: curioso de saber lo que pasaba en la sesión de hoy, fuí allá como tantos otros. Con mucha dificultad y poniendo en movimiento mis puños, que sabéis que son robustos, pude penetrar en las tribunas públicas, en momentos en que no se oía por todas partes más que este inmenso clamor... ¡Abajo el tirano! ¡Abajo el tirano! Ansiando averiguar lo que aquello significaba, conseguí por medio de esfuerzos hercúleos romper la masa que me cerraba el paso y colocarme en los primeros puestos. ¡Por Satanás! Hubiera querido cegar en aquel momento. Todos los convencionales estaban de pie aplaudiendo frenéticamente á Tallien, que ocupaba la tribuna y que blandía un puñal con el cual amenazaba trágicamente á un hombre que se agarraba pálido y con las manos crispadas á la baranda de la tribuna. Sobre este hombre llovían de todas partes insultos atroces. Cuantas veces intentaba pronunciar algunas palabras, otras tantas sofocaba su voz el clamor repetido y unánime de ¡Abajo el tirano! ¿Sabéis quién era este hombre? Era Robespierre.

COCLÉS.

¿Robespierre?

GRILLON.

¡Demonio!

LABAN.

Ciego de cólera, quise protestar contra los traidores que oprimían é insultaban al amigo del pueblo, al sostenedor del Terror y de la libertad; pero apenas salió de mi garganta el primer grito, la gente que me rodeaba se arrojó furiosa sobre mí y me sacó en volandas de la tribuna llamándome espía. Yo me resistí bravamente, pero mis adversarios eran muchos y tenían buenas muñecas... ¡Era la juventud dorada!

COCLÉS.

Si parece un sueño. ¡Robespierre vencido!

LABAN.

En la Convención, sí, pero París se dispone á caer sobre ese nido de traidores... La jornada de hoy será memorable... El pueblo furioso acude de todos los ángulos de París á la plaza del Ayuntamiento en donde se ha establecido la Junta de Salvación compuesta de los patriotas más enérgicos... Las campanas tocan á rebato y los tambores llaman á la Guardia nacional y á los seccionistas... Os digo que París está de ver... El pueblo va á sacar á Robespierre de las garras de la Convención, que ha sido ya puesta fuera de la ley.

COCLÉS.

Pero... ¡Si no acabo de creerlo...!

LABAN.

Me voy á los Jacobinos... El día de hoy es decisivo... Coclés, tú me respondes de la seguridad de la cárcel...

COCLÉS.

Te respondo con mi cabeza.

LABAN.

Si quieres conservarla sobre los hombros no olvides lo que voy á decirte. En este momento hay en París dos gobiernos, el de la Convención y el del Ayuntamiento, el de la reacción y el de Robespierre... Aquí no se obedecen otras órdenes que las del gobierno de Robespierre.

COCLÉS.

Pero... y si la Convención...

LABAN.

La Convención está fuera de la ley. No lo olvides.

COCLÉS.

Bien está, ciudadano alcaide.

LABAN.

¿Qué ruido es ese?

GRILLON.

Los presos que se resisten á estar encarcelados y golpean la puerta.

COCLÉS.

Pero no hay cuidado: la puerta es muy sólida.

LABAN.

No importa, no debes tolerar ese escándalo... Si

no se están quietos, haz un escarmiento... Volveré pronto.

(Vase por el fondo.)

#### Escena II.

COCLÉS, GRILLON, *carceleros.*

COCLÉS.

(A los carceleros.)

Vamos á decir á esos malditos que si no dejan de aporrear la puerta llamo á los soldados y mando hacer fuego... (A Grillon.) Tú vé al cuerpo de guardia y avísame inmediatamente de cualquier novedad que ocurra. (Aparte.) ¡Desobedecer las órdenes de la Convención! ¡Demonio! Eso se dice fácilmente. Ya veremos.

(Sale con los carceleros por el corredor de la derecha.)

#### Escena III.

El MARQUÉS, LUISA, TERESA *por la reja del fondo.*

(El Marqués entra apoyado en el brazo de Luisa y se deja caer en una silla.)

LUISA.

¿Estáis fatigado?

MARQUÉS.

Sí, hija mía. El espíritu no se abate, gracias á Dios, pero el cuerpo siente el peso de los años... Pero ¿cómo está tan desierta esta sala?

TERESA.

Tenéis razón. ¿Dónde están nuestros compañeros de infortunio? Aquí no se ve á nadie... ¿Cómo contrasta esta soledad con la agitación y el tumulto de las calles! ¡Oh! ¡Quién pudiera saber lo que pasa! Esta incertidumbre es peor que la muerte.

LUISA.

Lo que pasa debe ser muy grave... ¿Qué espantoso desorden reina en París! Dos ó tres veces creí que íbamos á ser atropellados por la canalla. ¿No has advertido la agitación de los jueces y cómo cuchicheaban unos con otros? El mismo Fouquier Tinville estaba pálido.

TERESA.

Sí, pero la fiera medrosa y todo, es siempre fiera. ¡Nos han condenado!

MARQUÉS.

(Con triste gravedad.)

Es verdad.

TERESA.

Pero yo me olvidaba... Al salir por los pasillos del Tribunal, una mano desconocida introdujo en la mía un papel. (Sacándolo.) ¡Aquí está!

LUISA.

Léelo, estamos solos.

TERESA.

(Mirando el papel.)

No contiene más que estas palabras: «Animo: todo va bien.» Conozco la letra. Es de Tallien.

LUISA.

(Al Marqués.)

Padre, ¿qué decís?

MARQUÉS.

Digo, hija mía, que todo lo que estamos viendo indica que se está dando en estos momentos una batalla de la cual depende nuestra suerte y quizá la de Francia... Pero ¿qué es lo que hemos oído por todas partes al atravesar las calles para venir aquí? Gritos de muerte, porque eso significan los gritos de ¡Viva Robespierre! Verdad es que el papel de Tallien encierra una esperanza, pero hace años que todas las esperanzas de los buenos se desvanecen en sangre... Ambas sois jóvenes y la esperanza es muy hermosa; pero cuanto más viva la forja nuestra imaginación, más sombrío y más amargo viene detrás el desengaño.

LUISA.

Dios sabe, padre mío, que estoy preparada á todo; pero cuando los malvados tiemblan ¿por qué no han de esperar los buenos? ¿Dónde estará Enrique?

MARQUÉS.

¿Dónde ha de estar? Donde esté el peligro... Probablemente en la Convención.

LUISA.

¿Sabrá que mañana...?

MARQUÉS.

(Levantándose y acercándose á ella.)

Sí, Luisa, lo sabe todo. ¿No nos ha visto ir al Tribunal?



LUISA.

(Echándose en los brazos del Marqués.)

Padre, ¿no le volveremos á ver? Desde que nos han leído la sentencia, esta idea avasalla mi corazón... ¿No hemos de tener el consuelo de abrazarle antes de morir?

MARQUÉS.

¡De aquí á mañana, hija mía, pueden suceder tantas cosas...!

LUISA.

¡Ah! ¡Vos también esperáis...!

MARQUÉS.

Sí, hubiera querido poderlo disimular..., pero la agitación de París, el aspecto insólito de esta cárcel, el vago terror que he visto impreso en los semblantes de nuestros verdugos, me llenan también de una esperanza loca que la reflexión procura en vano sofocar... Pero en nuestra situación se toman fácilmente los fantasmas por realidades.

LUISA.

Es que jamás se ha visto lo que vemos hoy. ¿No es verdad, Teresa?

TERESA.

Es verdad... Pero ¿cómo estamos tan solos? ¿En dónde se han metido los demás presos? Este silencio infunde pavor... Pero no... ¿No oís golpes y voces ahí dentro? (Señalando el corredor de la derecha.) ¿Qué es esto? Quiero salir de dudas.

(Sale con precaución por el corredor.)

MARQUÉS.

Algo acontece aquí, en efecto, que no es natural... Nunca se ha visto esta sala desierta á estas horas. ¿Qué significan los golpes que se oyen al fin de este corredor...? No sé qué pensar.

LUISA.

Vamos nosotros también... (Viendo volver á Teresa.) ¿Qué sucede? ¿Qué has visto?

TERESA.

(En voz baja.)

Hablad quedo. No nos vayan á encerrar con los otros.

LUISA.

¡Ah! ¿Conque han encerrado á nuestros compañeros?

TERESA.

Sí, en la sala grande, en la que sirve para la distribución del rancho... Los carceleros con el sable desenvainado hacen centinela á la puerta, pero los presos están amotinados y quieren echarla abajo.

LUISA.

¡Imprudentes! Si los sayones se irritan presenciaremos alguna desventura.

TERESA.

No sé qué decirte. Los carceleros deben tener miedo... El tono con que amonesta Coclés á los presos por detrás de la puerta, está muy lejos de ser arrogante.

LUISA.

¿Qué significa esto?

TERESA.

(Llevando á Luisa hacia la reja del fondo.)

¡Mira! El patio está también desierto. Ni un solo dependiente de la cárcel, ni un solo soldado... Sin duda se han bajado todos al cuerpo de guardia. ¿Temen acaso que la cárcel sea atacada por nuestros amigos?

MARQUÉS.

Contra los terroristas no tomaría Laban estas precauciones.

LUISA.

¡Dios mío! ¿Qué pavorosa es la incertidumbre! ¿Por qué se ofrece á nuestros ojos la esperanza bajo tan téticas apariencias...? Dices bien, Teresa... Esta soledad oprime el corazón... Hasta el eco de nuestra propia voz me causa espanto... ¡Virgen santa! Que un rayo de tu misericordia divina disipe las terribles sombras que nos rodean.

MARQUÉS.

¡Luisa! ¿Tú tan valerosa te dejas dominar ahora por terrores infantiles?

LUISA.

(Arrimándose temblorosa al Marqués.)

¡Sí, padre mío, tengo miedo!

TERESA.

(Con vehemencia.)

¡Oh! Si al menos tuviéramos armas para defen-

dernos y defender á nuestros amigos... ¡Ah! (Se refugia asustada al lado del Marqués y de Luisa.) ¿No oís?

MARQUÉS.

Sí, se oyen pasos como de fuerza armada... Tranquilizaos... Pronto vamos á saber...

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

## MISCELANEA

De una correspondencia de Valencia que publica *La Fe* tomamos la siguiente noticia, que merece consignarse en honor del arte español y de la piedad valenciana:

«Algo debo decir á mis lectores de la joya artística, de gran valor y mérito, construída por D. Timoteo Xerri. Es un viril precioso que se destina á reemplazar el que, en la noche del 2 al 3 de Enero, robaron en la capilla del Milagro.

«Describiremos esta obra de arte, una de las más importantes de la orfebrería valenciana. Mide una altura de siete palmos y está dividido en tres cuerpos: repisa, brazo y disco.

«Iniciada la construcción por nuestro dignísimo Cardenal, éste fué el primero en donar el mejor de sus pectorales, compuesto de doce gruesos amatistas y otras piedras preciosas, cuya cruz está colocada en lo alto de la custodia.

«Esta cruz está sostenida por unas nubecillas de plata, donde se apoyan dos lindos angelitos que sostienen una hermosa guirnalda de flores, que las forman dos topacios, un amatista y un rosetón de brillantes.

«Del principio de la columna nacen dos ramas con las especies sacramentales, con dos racimos de numerosas perlas, estando unidas las ramas por un lazo y una diadema de brillantes y perlas: al pie del viril hay colocados dos ángeles, en actitud de orar, y á sus pies nace otra guirnalda de perlas de gran tamaño.

«El brazo lo forman cuatro capiteles con tres alegorías. La del frente representa á Valencia con la siguiente inscripción: *La piedad de Valencia á Jesús Sacramentado*; al lado izquierdo una alegoría de la Caridad venciendo al Hurto, con esta inscripción: *La Caridad triunfa del sacrilegio*, y al lado derecho otra alegoría que dice á su pie: *Las saetas de la impiedad inflaman el corazón cristiano*.

«Al respaldo se lee esta dedicatoria: *Viril construido á expensas de la piedad valenciana, impulsada por su Prelado el Cardenal Monescillo, en sustitución del robado en la real capilla del Milagro en la noche del 2 de Enero de 1879. Lo dibujó y construyó D. Timoteo Xerri y Martínez, 1886*.

«El disco va adornado con algunos brillantes, topacios, perlas, amatistas, rubíes y otras piedras preciosas. En la construcción se han invertido cuatro arrobas y media y trece onzas de plata y catorce adarmes de oro. El presupuesto del material invertido ha sido de 74.000 reales.

«El Sr. Xerri no se ha sujetado á un estilo determinado en la cuestión del viril, resultando una obra de gran mérito artístico y de buen efecto por la elegancia y gusto de los adornos y corrección en las figuras que la avaloran.

«Tan rica joya, según he oído, se estrenará en la solemne procesión del Corpus.»

### Telegrama inverosímil.

Un telegrama de sesenta y nueve palabras, en el que el gobernador de Victoria (Australia), anunciaba la apertura de la Exposición de Melbourne, ha llegado á Londres nueve horas y diez y siete minutos antes de su expedición, puesto que fué expedido á la una de la tarde y llegó á su destino á las tres y cuarenta y tres de la madrugada del mismo día. Pero teniendo en cuenta la diferencia de meridiano entre aquellas dos ciudades, resulta que el despacho invirtió veintitrés minutos en recorrer 13.398 millas, ó sea cerca de 4.500 leguas.

Creemos que nuestros lectores leerán con gusto los siguientes datos que publica *La Unión* acerca de los resultados obtenidos en varios países de Europa en los experimentos practicados para el estudio de los distintos tipos de buque hasta hoy conocidos.

Comencemos por Inglaterra:

### Acorazados.

Los almirantes Hornby y Hay, que mandan las escuadras que maniobran sobre las costas de Irlanda y mar Mediterráneo, se declaran partidarios de los grandes buques de combate, la misma opinión sustentan el almirante Freemantle y lord Beresford,

capitán de navío. Lord Hamilton, antiguo miembro del almirantazgo, ha defendido la supremacía de los acorazados al discutirse los presupuestos de Marina.

### Cruceiros y buques ligeros.

Lord Beresford aconseja la construcción de cruceiros acorazados y buques ligeros de gran velocidad, y ha manifestado en el Parlamento que Inglaterra debe sostener siempre la superioridad en el número y calidad de todos los tipos que se adopten.

### Torpederos.

El almirante Hornby, parece que ha demostrado que una escuadra fondeada, es decir, en la situación más desventajosa, puede defenderse con éxito de los ataques de los torpederos.

El almirante Hay, ha probado que, en un minuto, cualquier buque acorazado puesto en movimiento, puede cubrirse con una de esas redes de acero, que resisten, generalmente, á los torpederos Whitehead, que hoy se emplean.

El almirante Freemantle, afirma que el resultado de las experiencias proclaman la superioridad del acorazado sobre el torpedo, negando en absoluto que el imperio de los mares pueda nunca pertenecer á escuadrillas compuestas de buques pequeños.

Han hecho experiencias con un buque torpedero submarino, sistema Nordenfild, que ha demostrado que el mecanismo no es ni seguro ni perfecto; sin embargo, el duque de Edimburgo cree que esta invención ejercerá influencia en las guerras marítimas. Otro buque más pequeño y de distinto sistema, movido por la electricidad, ha sido ensayado en Liverpool con bastante éxito.

La preocupación actual hoy en Inglaterra, es la de aumentar la fuerza explosiva de los torpedos, y la resistencia de los blindajes y defensa de estos buques.

El capitán de navío Galweis, recomienda para el torpedo una carga de 70 kilogramos de algodón fulminante. Para reforzar el blindaje y defensa de los acorazados, los ingenieros ingleses multiplican y fortifican los compartimientos estancos, ensayando también corazas de caucho y capas intermedias de células inventadas por el capitán de navío Fetzgevald, menos pesadas y tal vez más resistentes que las de acero.

### Materiales empleados para la construcción de los buques.

El hierro es ya poco usado en Inglaterra para la construcción de los cascos de los buques de guerra, pues se ha reconocido que esta clase de construcciones se convierten en las zonas tórridas en insupportables braseros que causan á los tripulantes crueles sufrimientos.

### Buques en construcción.

El año último han botado al agua cuatro acorazados de primera clase, varios cruceiros blindados y otros buques rápidos.

Actualmente están construyendo 104 buques de guerra, de los que 20 son acorazados, cuatro cruceiros medio blindados, 25 buques que sólo tienen blindada la cubierta y 54 torpederos que pueden navegar en alta mar.

### Presupuesto de la marina inglesa.

El presupuesto de la marina inglesa se fija para este año en la cantidad de 324.800.000 pesetas, cifra la más elevada que registran los presupuestos desde la guerra de Crimea.

..

EXPERIENCIAS EN FRANCIA DISPUESTAS POR EL ALMIRANTE ALBE.

### Antecedentes.

Francia, con un carácter tan impresionable, ó quizá más que el nuestro, visto el éxito de los buques blindados, declaróse abiertamente partidaria de estas construcciones; pero aparece el torpedo automóvil y verificase completa transformación en la opinión, y una escuela entusiasta proclama sus excelencias, en términos de no admitir ni competencia entre este nuevo invento y los antiguos y pesados acorazados, que querían relegar al olvido, sosteniendo como principio inconcuso que el torpedo y la velocidad eran los factores indispensables para sostener una buena marina, capaz de habérselas con todas las escuadras compuestas de buques acorazados.

Tal era la opinión predominante en Francia al principiar el año pasado, figurando entre los más decididos partidarios de la nueva escuela el almi-



rante Aube, el que, elevado al Ministerio de Marina, acordó, con muy buen criterio, hacer las experiencias prácticas de sus ideales teóricos, encaminadas, en primer término, á demostrar en qué condiciones una escuadrilla de torpederos podía ser empleada ventajosamente contra buques acorazados, y qué dimensiones debían tener para poder acompañar á una escuadra en alta mar.

*Resultados de las experiencias.—Deficiencias de las escuadrillas de torpederos.*

Varios torpederos de 27 á 31 metros de eslora, salieron de los puertos del Norte y Oeste de Francia, para dirigirse á Tolón, adonde efectivamente llegaron. Pero para ello tuvieron que hacer la navegación de costa, fondeando varias veces, por no poder aguantar mares gruesas, reparar averías, y dar descanso á las tripulaciones, no obstante ser elegidas y estar mandadas por hábiles oficiales.

Es, pues, imposible pretender lanzar lejos de las costas, escuadrillas de torpederos pequeños, acompañados de transportes-almacenes, protegidos por cruceros y cañoneros.

Aquella clase de buques son inhabitables; sus cubiertas se inundan en cuanto hay un poco de mar, y sus movimientos son tan bruscos y desordenados, que producen mareo hasta en los hombres más avezados al mar. Las cabezadas son tan violentas que ponen en inminente peligro la seguridad del buque, amenazado de partirse en dos pedazos. La tripulación no puede dormir, y su alimento se cocina con grandes dificultades.

Las olas ocultan el horizonte en pleno día, y los buques grandes sólo se avistan á muy corta distancia. Navegando en escuadrilla se perderían de vista los buques de conserva y el transporte-almacén pronto se separaría de ellos, faltándoles por esta causa los víveres y el carbón que aquél les suministra.

Las máquinas son sumamente delicadas y expuestas á grandes averías por la velocidad que desarrollan, y si éstas se descomponen lejos de donde pueda venir el auxilio, la situación del buque sería muy comprometida.

Por todas estas razones la teoría de escuadrillas de torpederos está condenada por la experiencia.

*Aplicación ventajosa de los pequeños torpedos.*

El papel reservado á tan diminuto buque, sigue siendo muy importante aplicado á la defensa de las costas y de los puertos.

Apoyados por torpedos fijos, guardacostas y buques acorazados, á ser posible, serán terrible enemigo para una escuadra de bloqueo, que estará en perpetua ansiedad, por más que pueda defenderse haciendo uso de sus lanza-torpedos, luz eléctrica, redes de acero y cañones revolvers.

Pero aun esta importante misión, que parece muy racional, no está comprobada por la experiencia.

*Los cruceros y avisos torpederos.*

En mares lejanos, evidentemente se necesita emplear este género de buques, pero el aviso torpedero en esta condición, forma ya en la categoría de buques visibles, que un proyectil de grueso calibre puede echar á pique.

En Francia ahora se construyen dos tipos de crucero: grandes acorazados ó medio blindados, hermosos y poderosas máquinas de combate y otros más ligeros que llegan á alcanzar la misma velocidad de aquéllos, 18 á 20 millas por hora. Tienen en estudio dos grandes cruceros, el *Almirante Ceille* y el *Tage*, que costará cada uno nueve millones de pesetas. Se hallan en construcción muy adelantada seis cruceros, de los que cuatro estarán terminados en el próximo año. Los planos de los cruceros de 2.600 á 4.200 toneladas están en estudio, y el almirante Aube desea construir 10 cruceros más ligeros de 1.800 á 2.000 toneladas.

Esta clase de buques, dada la cantidad extraordinaria de carbón que consumen, necesitan contar con depósitos de este combustible, circunstancia que preocupa á los ingenieros ingleses más que á los franceses, no obstante de contar aquella nación con infinidad de puertos donde sus escuadras pueden proveerse de cuanto necesiten.

*Resumen.*—Del conjunto de noticias recogidas sobre las experiencias hechas por las escuadras de Francia é Inglaterra, resulta: Que los grandes acorazados son reconocidos como los elementos más terribles para la defensa y el ataque. A estos siguen los cruceros, que también se construyen blindados. Y como auxiliares los cruceros ligeros y avisos torpederos, limitándose para la defensa de costas y puertos los pequeños torpederos, auxiliados por torpedos fijos y protegidos por buques guardacostas y cruceros.

#### ESTADO ACTUAL DE LAS MARINAS DE GUERRA DE VARIAS NACIONES DE EUROPA Y AMÉRICA.

Austria construye pocos buques; pero los tipos están muy bien escogidos.

Rusia ha levantado á Sebastopol de sus ruinas, y cuenta con un centenar de buques en el mar Negro. En el Báltico atienden con más preferencia á la defensa que al ataque, y allí tienen estacionado gran número de torpederos.

Turquía ha mejorado sus defensas del Bósforo y Dardanelos. Sus buques están dotados de artillería Krupp, luces eléctricas y cañones revolvers, pero su material es antiguo y las tripulaciones son medianas.

Alemania, después de haber construido varios acorazados y algunos cruceros, aumenta ahora el número de sus torpederos.

Los Estados Unidos no gastan casi nada ni para fomentar la marina ni el ejército. En el año pasado han botado al agua un crucero acorazado y tienen desde 1883 cuatro cruceros en construcción, que no se toman prisa en concluir. A 38 buques de guerra de alta mar asciende el contingente de su escuadra, de los que sólo uno es de primera. La defensa de esta poderosa república consiste en el corso.

He aquí, como complemento de estos apuntes, la parte dispositiva del proyecto de ley sobre construcciones navales, leído en el Congreso por el ministro de Marina de España. Dice así:

*Para servicios de guerra.*

Tres cruceros de 4.500 toneladas, á 7 millones de pesetas cada uno.

Ocho de 3.200, á 5 millones de pesetas cada uno.

Seis de 1.500, á 2.500.000 pesetas cada uno.

Cuatro cruceros torpederos de segunda clase, de mil toneladas, á 2 millones de pesetas cada uno.

Noventa y seis torpederos de primera clase de 100 á 120 toneladas, á 600.000 pesetas cada uno.

Cuarenta y dos de segunda clase de 60 á 70 toneladas, á 400.000 pesetas cada uno.

Un transporte de 300 toneladas, á 2.500.000 pesetas.

*Para servicios especiales.*

Seis cañoneros torpederos de 500 toneladas, á 1.500.000 pesetas cada uno.

Seis de 350, á un millón de pesetas cada uno.

Dieciséis de 200 á 250, á 750.000 pesetas cada uno.

Veinte lanchas de vapor, á 100.000 pesetas cada una.

Todos estos buques costarán 189.900.000 pesetas.

Para terminar los buques en construcción, se piden 22.600.000 pesetas.

Para fomento de arsenales, 10 millones de pesetas.

Para adquisición de defensas submarinas, pesetas 12.500.000, cuyas sumas hacen un total de 225 millones de pesetas.

La construcción de esta flota se hará previa la inclusión de los créditos necesarios en el presupuesto extraordinario que ha de redactarse para el año económico de 1887 á 88 y sucesivos, y sin que pueda exceder del plazo de nueve años.

## DISCURSO

LEÍDO ANTE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DEL R. P. MIGUEL MIR.

(Continuación.)

**P**OR esto los escritores á quienes el juicio de la posteridad ha colocado en la parte más sagrada del templo del arte, sintiendo vivamente esta dificultad de realzar y ennoblecer el hablar común, se dieron al trabajo de pulir su estilo, y no se cansaron de corregir y de enmendar y aun dejaron la pluma con el pesar de no haber podido comunicar á sus escritos aquel punto de perfección que entreveían en su mente. Así Platón, á los ochenta años de edad, corrige aún sus diálogos, habiéndose encontrado después de su muerte el principio de uno de ellos, el de la República, variado hasta de veinte maneras. Pascal trabaja tanto su estilo, que cambia hasta ocho y diez veces un pensamiento, cuya primera forma á cualquiera hubiera parecido inmejorable. Buffón hace tantas correcciones á su libro sobre las épocas de la Naturaleza,

que tiene necesidad de copiarlo hasta once veces. Manzoni se está quince años corrigiendo su novela inmortal *I promessi sposi*; y para traer un ejemplo reciente, un ingenio maravilloso, á quien todos conocisteis, que se sentó en esta Academia y que aun parece estar entre vosotros, tan vivo es el recuerdo que de él ha quedado, el insigne Adelardo de Ayala, digo, pasa doce horas, repartidas en cuatro días, escribiendo y borrando y corrigiendo y volviendo á desborrar y á corregir, para hacer una descripción de pocas páginas y que parece sacada de un solo rasgo de pluma. Tales fueron las dificultades que hallaron escritores ilustres para dar á la expresión de sus pensamientos aquella forma hermosa, apropiada, única que convenía á la naturaleza y circunstancias de las cosas que querían expresar; así concibieron el fin del arte y el respeto que debe el hombre al resplandor de la Divinidad que brilla en la hermosura de las cosas, y los esfuerzos que tiene que hacer para traspasarlo puro y no contaminado á las creaciones de su fantasía.

No pensaron de otra suerte aquellos autores incomparables que en la edad más gloriosa de nuestra literatura levantaron la lengua castellana á su mayor punto de perfección y encumbramiento. «La prosa, cuando se habla ó escribe como conviene, decía uno de ellos, el famoso Doctor Cristóbal Suárez de Figueroa<sup>1</sup>, mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso.» Y cuanto son mayores las dificultades de dicho artificio, tanto con mayor empeño se esforzaban á vencerlas<sup>2</sup>. «¡Qué sabrosa me queda la mano cuando borro algo!» exclamaba con ingenua sencillez el P. Ribadeneira, el cual, así como el ilustre Manzoni consultaba sus dudas sobre la pureza de la lengua toscana con una criada que á propósito se había hecho traer de Florencia, así nuestro escritor ilustre preguntaba á las gentes sencillas sobre las frases y modos de decir castellanos, ateniéndose fácilmente á su consejo. Mas nadie ha puesto más en su punto éste de corregir y limar el estilo y sus ventajas y dificultades como aquel divino Fr. Luis de León, el alma tal vez más hermosa que ha atravesado este suelo de España, y en quien se juntó la mayor capacidad de ingenio que hubo en su tiempo, al decir de uno de sus contemporáneos<sup>3</sup>, con el sentimiento más vivo de la belleza de la naturaleza y del arte y la facultad de expresarla con la mayor elegancia y galanura. El cual, respondiendo á los que le acusaban de haberse apartado en sus escritos de la llaneza del hablar común, poniendo concierto en sus palabras y escogiéndolas y dándoles su lugar para que resaltase más su natural hermosura, les advierte<sup>4</sup> que «el bien hablar no es común, sino negocio de particular juicio, así en lo que se dice, como en la manera como se dice, y negocio que de las palabras que todos hablan elige las que convienen, y mira el sonido dellas, y aun cuenta á veces las letras y las pesa y las mide y las compone, para que no solamente digan con claridad lo que se pretende decir, sino también con armonía y dulzura.» Palabras que debieran vivir eternamente en la memoria de cuantos aspiran á la perfección del arte, y á la gloria que se adquiere con el uso propio, correcto y elegante de la lengua castellana.

Emulando esta gloria y grandeza, los buenos escritores de nuestra edad dorada se esmeraron en ilustrar y aderezar nuestra habla

<sup>1</sup> En el *Pasajero*, Alivio II, fol. 48, edición de 1618.

<sup>2</sup> Lope de Vega, en la escena III del acto IV de *La Dorotea*, copia los versos siguientes, en los cuales «respondía un poeta á un príncipe que le preguntaba cómo componía,» y que pueden aplicarse lo mismo á la prosa que al verso:

— ¿Cómo compones? — Leyendo,  
Y lo que leo imitando,  
Y lo que imito escribiendo,  
Y lo que escribo borrando,  
De lo borrado escogiendo.

<sup>3</sup> El autor del elogio que acompaña al retrato de Fr. Luis en el célebre *Libro de retratos* de Pacheco.

<sup>4</sup> Al principio del libro III de *Los Nombres de Cristo*.



con todas las galas y primores de que la consideraban capaz. A este propósito principiaron por el buen escogimiento de las palabras, desechando las que por su mal sonido ó por la bajeza del concepto que envolvían, ó por la aplicación depravada que hacía de ellas el vulgo, podían envilecer ó abatir el estilo, y adoptando las que, siendo de solar noble y conocido, podían ilustrarlo y engrandecerlo. De donde provino el purificarse y aquilatarse y como fundirse de nuevo la lengua castellana, de tal manera, que casi to-

das las palabras que aquellos escritores probaron ó desecharon, han quedado definitivamente desechadas y reprobadas; y casi todas las que usaron ó introdujeron, perseveran hoy en el uso común y con la propia significación y forma de entonces, aunque no con igual hermosura y gallardía.

Esta purificación y aquilatación de nuestra lengua era el fundamento sobre que había de sustentarse el adorno conveniente, así como la buena disposición del cuerpo es la condición indispensable para que asienten y

resplandezcan en él las preesas con que se quiera engalanarle. Mas purificado y acrisolado ya el tesoro de las palabras y alcanzada con esto la propiedad, pureza y sinceridad del lenguaje, nuestros grandes escritores atendieron á su orden y colocación, fiando en ella la mejor prenda de su hermosura y de su elegancia y gentileza; y en la serie y combinación de los vocablos, en el uso de las partículas, en la aplicación de los epítetos y calificativos, en la trabazón y buena correspondencia de las cláusulas, en la am-

#### ARTE CRISTIANO DE LA EDAD MEDIA



LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA SEGÚN EL BEATO ANGÉLICO. — SIGLO XV.

plitud, variedad y armonía de los períodos, buscaron el mayor lustre y el más esplendoroso acrecentamiento que puede recibir el estilo. Cuán felizmente lo consiguieron, y en qué alteza de perfección lograron levantar la lengua por estos medios, no hay términos con que declararlo ni encarecerlo. La vivísima fantasía española, inflamada por el amor de la ideal belleza, la traspasó á las palabras con acierto y discreción admirables; y en la claridad y concisión de la frase, en la copia de luces y matices, en la suavidad y dulzura de la oración, en la variedad, belleza y resplandor de los conceptos, hizo alarde de tales riquezas, y de tal manera sacó á luz las fuerzas que en sí encerraba nuestra lengua, y á tal punto de perfección y hermosura la levantó, que parece imposible que la prosa castellana llegue á tener jamás la majestad, belleza y gallardía que alcanzó en aquella edad gloriosísima. Grave, severa, y con una fuerza de elocuencia y persuasión maravillosa en Avila, Granada, Estella Zárate, y en general en todos los ascéticos; vivacísima y espléndidamente colorida en Fr. Luis de León, Malón de Chaide, Márquez; suavísima y encantadora en Fr. Juan de los Angeles, San Juan de la Cruz, Santa Teresa; briosa y llena de originalidad en Sigüenza, Antonio Pérez, Mariana, Quevedo; correcta y es-

merada en La Palma, Martín de Roa y Bernardino de Villegas; armoniosa y flexible en Cervantes, Lope de Vega, Espinel y en todos los novelistas, nuestra lengua recorrió toda la escala ó grados de perfección en que puede engrandecerse la palabra humana, y en todos ofreció ejemplos ó dechados que serán eternamente dignos de admiración y estudio.

En tan grande riqueza de luz y en tan bella armonía de tonos y sonidos hay una nota que sobresale y señorea y da fisonomía ó carácter especial á estos escritores, distinguiéndolos no sólo de los que florecieron en España antes y después de ellos, sino también de todos los que han florecido en los demás pueblos ó naciones de la tierra; y esta nota es la espontaneidad, la franqueza, la sinceridad y viveza del entusiasmo que los anima y penetra. En esto se parece el estilo de nuestros escritores al de los que profesaron en España el arte de la pintura, siendo ciertamente maravilloso el contraste que resulta de comparar á Avila, Granada, Fray Luis de León, Lope de Vega y Cervantes, con Alonso Cano, Zurbarán, Ribera, Murillo y Velázquez. Todos son bellos y magníficos, pero todos son espontáneos y sinceros; todos son espléndidos y grandiosos, pero todos son naturales y sencillos; antes su mayor belleza

y magnificencia y la causa del deleite inextinguible que unos y otros producen en nosotros, consiste en la sinceridad de su inspiración, en el vigor y nerviosidad de su genio, en la gala y brillantez de colorido, con que unos y otros bañan y revisten sus creaciones.

(Se continuará.)

#### IGLESIA Y ESCUELA DEL BEATO OROZCO.

Las personas que han contribuido con sus limosnas para la iglesia y escuela del beato Orozco, que se construye en la calle de Goya, pueden estar satisfechas por la obra notable que allí se levanta y lo adelantada que se encuentra. Acaba de hacerse cuenta de su estado el Ilmo. P. Cámara, antiguo Obispo auxiliar de la Corte y Obispo hoy de Salamanca, que fué quien la comenzó, y ha quedado sumamente complacido de la pericia é ingenio del arquitecto, Sr. Lázaro y la rectitud y celo de los administradores.

A nosotros nos ruega el digno Prelado que hagamos pública su satisfacción y agradecimiento, y á sus amigos y demás personas caritativas suplica un corto esfuerzo, para que en la entrada del invierno Madrid cuente con una iglesia, escuela y casa de oración más, allí donde tanta necesidad de ello se experimenta.

Como siempre, las limosnas se recogen en casa del Sr. del Val, Arenal, 22, ó en las Agustinas de la Plaza de Jesús, 1.

MADRID.—Tipografía de los Huérfanos, Juan Bravo, 5.